

Capitalismo y Pandemia

YÁSNAYA ELENA AGUILAR •

JORGE RIECHMANN •

EMANUELE COCCIA •

FRANCO "BIFO" BERARDI •

RODRIGO KARMY BOLTON •

ARUNDHATI ROY •

ALEJANDRA CASTILLO •

FERNANDO SAVATER •

AMELIA VALCÁRCEL •

FABIO SELEME •

ENRIQUE DUSSEL •

MAURIZIO LAZZARATO •

NAOMI KLEIN •

16 ensayos publicados entre el 21 de marzo y el 16 de abril de 2020,
(No incluidos en la "Sopa de Wuhan").



Filosofía Libre

Capitalismo y Pandemia

YÁSNAYA ELENA AGUILAR •

JORGE RIECHMANN •

EMANUELE COCCIA •

FRANCO "BIFO" BERARDI •

RODRIGO KARMY BOLTON •

ARUNDHATI ROY •

ALEJANDRA CASTILLO •

FERNANDO SAVATER •

AMELIA VALCÁRCEL •

FABIO SELEME •

ENRIQUE DUSSEL •

MAURIZIO LAZZARATO •

NAOMI KLEIN •

Título original: Capitalismo y Pandemia

Autores: Yásnaya Elena Aguilar, Jorge Riechmann, Emanuele Coccia, Franco "Bifo" Berardi, Rodrigo Karmy Bolton, Arundhati Roy, Alejandra Castillo, Fernando Savater, Amelia Valcárcel, Fabio Seleme, Enrique Dussel, Maurizio Lazzarato, Naomi Klein y anónimos.

Editorial: Φ FilosofíaLibre

126 páginas | 15 x 22 cm

1ra. edición: abril 2020

Diseño y edición: Fernando García García

Foto de portada: NIAID

Inspirado en la "Sopa de Wuhan".



fgarcia.filos@gmail.com

@fggarcia2020 (twitter)

ÍNDICE

1. Monólogo del virus	— 9
Anónimo (21 de marzo)	
2. Jëën pä'äm o la enfermedad del fuego	— 15
Yásnaya Elena Aguilar (22 de marzo)	
3. La crisis del coronavirus y nuestros tres niveles de negacionismo	— 21
Jorge Riechmann (26 de marzo)	
4. El virus es una fuerza anárquica de metamorfosis	— 25
Emanuele Coccia (26 de marzo)	
5. La economía o la vida	— 32
Anónimo (30 de marzo)	
6. Más allá del colapso: tres meditaciones sobre las condiciones resultantes posibles	— 38
Franco “Bifo” Berardi (31 de marzo)	
7. La mutación china (O sobre la “desweberianización” del capitalismo)	— 45
Rodrigo Karmy Bolton (2 de abril)	
8. La pandemia es un portal	— 51
Arundhati Roy (3 de abril)	

9. Naufragio en el espectáculo de la catástrofe	—	62
Alejandra Castillo (3 de abril)		
10. No estábamos dispuestos a creer lo que veíamos	—	68
Fernando Savater (3 de abril)		
11. Toda nuestra cultura tiene su origen en las pestes	—	76
Amelia Valcárcel (4 de abril)		
12. Combatiendo al virus y al capital	—	83
Fabio Seleme (4 de abril)		
13. Cuando la naturaleza jaquea la orgullosa modernidad	—	87
Enrique Dussel (4 de abril)		
14. ¡Es el capitalismo, estúpido!	—	91
Maurizio Lazzarato (8 de abril)		
15. La crisis del coronavirus es una oportunidad para construir otro modelo económico	—	113
Naomi Klein (10 de abril)		
16. La tierra puede deshacerse de nosotros con la más pequeña de sus criaturas	—	119
Emanuele Coccia (16 de abril)		

1. Monólogo del virus

Anónimo

Publicado en *Lundi matin*

21 de marzo, 2020

Acallad, queridos humanos, todas vuestras ridículas exhortaciones a la guerra. Apartad todos los deseos de venganza que dirigís contra mí. Extinguid el halo de terror con el cual rodeáis mi nombre. Nosotros, los virus, desde el fondo bacteriano del mundo, somos el verdadero *continuum* de la vida sobre la tierra. Sin nosotros, nadie habría visto jamás la luz del día, tampoco la primera célula.

Somos vuestros ancestros, del mismo modo que lo son piedras y algas, más aún que los propios simios. Estamos por todas partes donde vosotros os encontráis, también allí donde ni siquiera llegáis. Tanto peor si no percibís en el universo más que aquello que está hecho a vuestra imagen y semejanza. Pero, sobre todo, dejad de decir que soy yo quien os mata. No estáis muriendo por mi acción sobre vuestra esfera, sino por la ausencia de cuidado de vuestros semejantes. Si no hubierais sido tan rapaces entre vosotros como lo habéis sido con todo lo que vive sobre este planeta, tendríais suficientes camas, enfermeras y respiradores para sobrevivir a los estragos que yo provoqué en vuestros pulmones. Si no almacenaseis a vuestros ancianos en los morideros y a vuestra gente sana en madrigueras de hormigón armado, no estaríais así. Si no hubierais cambiado toda la extensión, antes exuberante, caótica e infinitamente poblada del mundo —o más bien, de los mundos—, en un vasto desierto de monocultivo de lo Mismo; yo no habría podido lan-

zarme a la conquista planetaria de vuestras gargantas. Si no os hubierais vuelto casi todos, de un extremo al otro del último siglo, redundantes copias de una sola e insostenible forma de vida, no os tendríais que estar preparando para morir como moscas abandonadas en el agua de vuestra civilización edulcorada. Si no hubierais transformado vuestros espacios tan vacíos, tan transparentes, tan abstractos, creed con seguridad que yo no me desplazaría ahora con la velocidad de una aeronave. Yo no vengo sino a ejecutar la sentencia que habéis firmado desde hace tiempo contra vosotros mismos. Perdonadme, pero sois vosotros, que yo sepa, quienes habéis inventado el término “Antropoceno”. Vosotros os habéis adjudicado todo el honor del desastre y ahora que éste se desata es demasiado tarde para renunciar a ello.

Las más honestas de entre vosotras lo saben bien: yo no tengo otro cómplice que vuestra organización social, vuestra estúpida fijación con “la gran escala” y la economía, vuestro fanatismo por el sistema. Solamente los sistemas son “vulnerables”. El resto vive y muere. No hay algo así como “vulnerabilidad” más que para aquello que ya apunta al control, a su extensión y a su perfeccionamiento. Miradme bien: *no soy más que el reverso de la Muerte imperante.*

Dejad entonces de insultarme, de acusarme, de perseguirme; de paralizaros ante mí. Todo eso es infantil. Os propongo un cambio de perspectiva: hay una inteligencia inmanente a la vida. No hay ninguna necesidad de ser un *sujeto* para disponer de una memoria o de una estrategia. Ninguna necesidad de ser soberano para decidir. Bacterias y virus también pueden ocasionar la lluvia y traer el buen tiempo. Encontrad en mí a vuestro salvador más que a vuestro sepulturero. Sois libres de no creerme, pero *he venido a detener la máquina cuyo freno de*

emergencia sois incapaces de encontrar. He venido a suspender el dispositivo que os mantiene como rehenes. He venido a manifestar la aberración de la “normalidad”. “Delegar nuestra alimentación, nuestra protección, nuestra capacidad de cuidar nuestro entorno social a los otros era una locura...”. “No hay límite de presupuesto, la salud no tiene precio”: ¡Ved cómo hago trabar la lengua y el espíritu de vuestros gobernantes! ¡Ved cómo les hago mostrarse en su real condición de miserables y arrogantes mercachifles con todo esto! ¡Ved cómo se delatan de improviso superfluos, o mejor, nocivos! Vosotros no sois para ellos más que los soportes de la reproducción de su sistema, incluso menos que esclavos. Hasta al plancton se le trata mejor.

Guardaos bien, sin embargo, de abrumarlos con reproches, de incriminar sus insuficiencias. Acusarlos de negligencia es todavía poner en ellos más de lo que merecen. Preguntaros más bien cómo habéis podido encontrar tan comfortable dejaros gobernar. Ensalzar los méritos de la opción china contra la opción británica, la solución imperial-legista contra el método darwinista-liberal, es no haber comprendido nada tanto de la una como de la otra, del común horror de ambas. Desde Quesnay, los “liberales” siempre han envidiado al imperio chino y así continúan. Los dos modelos son hermanos siameses. Que uno os confíe en nombre de vuestro interés y el otro en el de “la sociedad” viene siempre a aplastar la única conducta no nihilista: ocuparse del cuidado de sí, de aquellos a quienes se ama y de lo que amamos en aquellos que no conocemos. No dejéis que quienes os han llevado al abismo pretendan sacaros de él: ellos no harán sino preparar un infierno más perfeccionado, una tumba más profunda todavía. El día en que puedan, sin dudarlos, harán patrullar al ejército por el Más Allá.

Estad agradecidos conmigo. Sin mí, ¿cuánto tiempo todavía

habrían tenido que pasar como *necesarias* todas esas cosas incuestionables que, de repente, se han suspendido por decreto? La globalización, la competencia, el tráfico aéreo, los límites presupuestarios, las elecciones, el espectáculo de las competiciones deportivas, Disneyland, los gimnasios, la mayor parte de los comercios, el Parlamento, la reclusión escolar, las reuniones masivas, los empleos burocráticos, toda esa sociabilidad ebria que no es más que el reverso de la soledad angustiosa de las mónadas metropolitanas: Todo era innecesario una vez que se ha puesto de manifiesto el *estado de necesidad*. Agradecedme las dosis de verdad que probareis durante las semanas que vienen: empezareis por fin a habitar vuestra propia vida, sin las mil escapatorias que, bien que mal, os hacen soportar lo insostenible. Sin haberos dado cuenta, nunca os habíais mudado a vuestra propia existencia. Vivíais entre las cajas de cartón y no os dabais ni cuenta. Desde ahora tendréis que vivir con vuestros amigos más cercanos. Vais a vivir juntas. Vais a dejar de estar como de paso hacia la muerte. Aborreceréis quizás a vuestro marido. Vomitareis quizás sobre vuestros hijos. Quizás querréis hacer volar el decorado de vuestra vida cotidiana. A decir verdad, no estaréis ya más en el mundo, en las metrópolis de la separación. Vuestro mundo no era habitable en ninguno de sus puntos más que a condición de una huida eterna. Teníais que aturdirlos con frecuentes desplazamientos y distracciones ya que el horror había ganado en presencia. Y lo fantasmático reinaba entre los seres. Todo se había optimizado tanto que nada tenía ya ningún sentido. ¡Estad agradecidos conmigo por todo esto y sed bienvenidos de nuevo sobre la tierra!

Gracias a mí, durante un tiempo indefinido, no trabajareis más, vuestros hijos no irán a la escuela y, no obstante, esto será todo lo contrario a unas vacaciones. Las vacaciones son ese

tiempo que es preciso llenar a toda costa esperando el retorno previsto del trabajo. Pero allá, en lo que se abre ante vosotros, gracias a mí, no hay más tiempos delimitados: se trata de una inmensa apertura. *Yo os vuelvo inoperosos*. Nada os obliga a que el no-mundo de antes vuelva. Todo este disparate rentable puede quizás desaparecer. A fuerza de no cobrar, ¿qué más natural que no pagar el alquiler? ¿Por qué ha de seguir pagando las facturas al banco quien ya, de todos modos, no puede trabajar?

¿No es un poco suicida, en fin, vivir allí donde ni siquiera puede cultivarse un huerto? Quien no tenga dinero no dejará de comer, y quien esté armado tendrá pan. Agradecédmelo: yo os sitúo al borde de la bifurcación que estructura tácitamente vuestra existencia: *la economía o la vida*. Es vuestro turno, y la apuesta es histórica. O los gobernantes imponen su estado de excepción, o vosotros inventáis el vuestro. O bien os ape-gáis a las verdades que ahora emergen, o bien esconderéis la cabeza bajo tierra. O empleáis el tiempo que yo os doy ahora para descubrir el mundo que viene a partir de las lecciones del colapso en curso, o éste terminará por radicalizarse más si cabe. El desastre cesa cuando cesa la economía. La economía es la devastación. Esto era una simple tesis el mes anterior. Ahora es un hecho. Nadie puede ignorar que serán precisas policía, vigilancia, propaganda, logística y teletrabajo para reprimirlo.

De cara a mí, no cedáis ni al pánico ni a la denegación. No caigáis en la histeria biopolítica. Las semanas que vienen van a ser terribles, agobiantes y crueles. Las puertas de la Muerte estarán abiertas de par en par. Yo soy la más catastrófica producción de la devastación productiva que es la economía. Vengo a aniquilar a los nihilistas. La injusticia de este mundo jamás será tan escandalosa. Es una civilización, y no a vosotros, a quien

vengo a enterrar. Aquellos que quieran vivir deberán proveerse de nuevos hábitos que les sean propios. Evitarme ha de ser la ocasión de esta reinvencción, de este nuevo arte de las distancias. El arte de saludarse, en el cual algunos miopes han querido ver la esencia misma de la institución, pronto no obedecerá más a ninguna etiqueta. Dará sentido a los seres. No hagáis esto “por los otros”, por “la población” o por “la sociedad”, hacedlo por los *vuestros*. Cuidad de vuestros amigos y de vuestros amores. Repensad con ellos, soberanamente, una forma de vida justa. Formad grupos en torno a una buena manera de vivir; escuchaos mutuamente, y yo no podré nada contra vosotras. Esto es un llamamiento a *la atención*, no al retorno masivo de la disciplina. No es una condena de toda la despreocupación, pero sí de *toda negligencia*. ¿Qué más puedo recordaros para insistir en que la salud está en *cada gesto*? Que todo, sobre todo la ligereza, se encuentra en lo más ínfimo.

He tenido que rendirme a la evidencia: la humanidad solo se hace las preguntas que ya no puede no hacerse.

2. *Jëen pä'äm* o la enfermedad del fuego

Por Yásnaya Elena Aguilar

Publicado en *El País*

22 de marzo, 2020

Las grandes epidemias del siglo XVI influyeron de manera determinante la manera en la que se instaló el orden colonial

Escribo desde Ayutla, una comunidad mixe en la sierra norte de Oaxaca, que se enfrenta a la situación creada por la pandemia del coronavirus, sin acceso al agua potable. Mientras ideamos, platicamos e intercambiamos ideas de lo que podemos hacer ante esta situación y la necesidad de denunciar la urgencia de nuestras circunstancias, no puedo evitar pensar en otras epidemias que han marcado la configuración misma de nuestras comunidades a través de la historia. Las grandes epidemias del siglo XVI influyeron de manera determinante la manera en la que se instaló el orden colonial en estas tierras en los siguientes siglos.

Entre las guerras de conquista, los trabajos forzados, los abusos y las enfermedades, la colonia se fue estableciendo sobre una gran catástrofe demográfica. Según los cálculos de John K. Chance, autor del libro clásico *La conquista de la sierra. Españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la Colonia*, el pueblo mixe no recuperó la población estimada en 1519 hasta la década de 1970. Las crónicas y los registros de los impactos de la viruela y otras enfermedades importadas en la población

nativa siguen siendo impresionantes, pueblos enteros en los que la situación hacía imposible enterrar a los muertos.

Los efectos de las epidemias en una población expuesta ya a la guerra y al trabajo forzado redujo la población nativa de una manera dramática. Tan solo en la primera gran epidemia de viruela, algunos especialistas calculan la muerte de ocho millones de personas en un periodo de aproximadamente dos años. En una estimación más reducida -los números siguen a debate- en estas tierras habitaban 15 millones de personas que a comienzos del siglo XVII se habían convertido en dos millones. En cualquier caso y estimación, no se puede negar que, a las guerras y al sometimiento, se sumaron las epidemias que hoy son consideradas un factor fundamental en ese proceso que llamamos la Conquista.

Después del siglo XVI y a través del tiempo, los pueblos indígenas enfrentaron otras epidemias. En la tradición oral, tradición que habita en la memoria, las personas mayores de mi comunidad guardan relatos de aquellos años: las casas que quedaban desiertas ante la muerte de quienes la habitaban, el miedo cotidiano, la angustia de no poder cumplir con los rituales fundamentales y necesarios para que los muertos emprendieran su viaje, las características de una enfermedad, *jëen pä'am*, que desde el mixe se traduce como "la enfermedad del fuego", por las fiebres altísimas que la acompañan, pero que no he podido identificar plenamente.

Las últimas palabras de mi tatarabuelo antes de morir por *jëen pä'am* llegaron a mí por medio de la transmisión intergeneracional, sus últimas palabras antes de entrar en ese estado que es puente entre la conciencia y la nada hicieron referencia a una historia ejemplar: en su infancia, a él le habían contado a su vez de una gran epidemia que asoló a toda la región, para

evitar el contagio una familia decidió tomar todo el maíz y el alimento disponible y huir a un lugar en donde la enfermedad no podía alcanzarlos. Como después leí en el extraordinario cuento de Edgar Allan Poe La máscara de la muerte roja, algo similar sucedió con esta familia que disfrutó de los alimentos sustraídos a la comunidad sin preocuparse de la epidemia, como es de esperarse, la enfermedad viajaba con ellos y nadie más pudo ayudarlos, después de la muerte que interrumpió el disfrute de lo hurtado nadie pudo enterrarlos, sus cuerpos quedaron abiertos y secos al sol. Mi tatarabuelo, después de narrar la historia, pidió a quienes lo escuchaban que no creyeran nunca esa mentira de que el bien individual se opone al bien colectivo. Dio algunas indicaciones más y días después falleció. Su hija Luisa, que había escuchado estas palabras, pronto cayó enferma también; antes de entrar en los estados extraordinarios que la fiebre provee a la mente, ella se comprometió en matrimonio con mi bisabuelo Zacarías quien, junto a sus vecinos y amigos, se dedicó a tomar las medidas necesarias para no enfermarse y, al mismo tiempo, cuidarla a ella y a sus hermanos, proveyó de agua fresca y alimento a quienes atravesaban la enfermedad en casa de su prometida. Mi bisabuela Luisa logró sanar y transmitió con solemnidad las palabras de su padre que desde entonces se repiten en mi familia con un respeto que solo genera la estética de la repetición: el bien individual no se opone al bien colectivo, el bien individual depende del bien colectivo.

En una de las versiones de un mundo ideal capitalista, la vida en común transcurriría con un estado que solo intervenga para proteger la propiedad privada y en la que todos los servicios, productos y lo necesario para vivir esté controlado por el capital y la iniciativa privada. En muchos delirios anarco-capitalistas, el individuo, su libertad y su propiedad son el centro de la regula-

ción de la vida en común. En contrapuesto, las organizaciones comunitarias se narran como aquello que vendrá y arrebatará el fruto del trabajo de las personas más trabajadoras para repartirlos entre los que menos se han esforzado, la organización comunal se narra como una estructura que aplasta las voluntades y los deseos individuales para instaurar la dictadura de la mayoría. En el discurso se ha creado una permanente tensión entre el bien individual y el interés colectivo que frustra y limita al individuo. La explotación de esta aparente contraposición entre individuo y comunidad se sembró como la semilla del miedo para construir una propaganda anticomunista y también se utiliza hoy para demeritar las múltiples luchas por la construcción de estructuras sociales más ancladas en la solidaridad, en el apoyo mutuo y en la comunalidad. Las democracias liberales establecen un pacto con individuos concretos, las garantías individuales están consagradas en diversas constituciones y la base del Estado neoliberal tiene al individuo y su propiedad privada como sujeto base del derecho. Bajo esta lógica, a través de la historia, al Estado le ha costado lidiar con comunidades y no con individuos, comunidades que reclaman territorios en comunidad, entes colectivos con los que hasta hace poco, no tenía marco legal con el cual relacionarse.

Sin embargo, la experiencia de muchas personas contradice la preponderancia de una oposición esencial entre bien individual y bien colectivo. La politóloga k'iche' Gladys Tzul ha abordado cómo la estructura comunal permite justamente la satisfacción de los anhelos individuales. Mi experiencia apunta en el mismo sentido, si pudimos tener lo necesario para desarrollar nuestra vida y con ella nuestros deseos y anhelos fue en gran medida porque muchas personas en colectivo construyeron aulas, un sistema de agua potable, una estructura que nos proveyó de fiesta

y actividades de ocio gratuitas que se gestionaban con trabajo comunal. La pasión y el interés personal por la música encuentran un espacio en el cual florecer en las escoletas musicales y en las bandas filarmónicas que nuestras comunidades gestionan colectivamente. Ante esta evidencia se revela que, más que oponerse, el bien individual depende del bien colectivo. El individualismo de las personas que no conocen a quienes habitan en el mismo edificio se explica porque su bien personal se ha depositado en el pacto que han hecho con el Estado; a cambio de aportar una módica, digamos así, cantidad de impuestos, dejan en manos del Estado la gestión de aspectos fundamentales de la vida como el funcionamiento del agua potable o el sistema educativo, por mencionar algunos. Cuando lo extraordinario irrumpe en forma de terremoto o el Estado falla, como lo hace constantemente, la mentira del individualismo se revela: entonces es necesario hablar con la vecina, congregarse y enfrentar en colectivo la situación extraordinaria que trae a la mesa la idea negada pero palpitante de lo humano: nos necesitamos. Incluso en sociedades altamente individualistas, la necesidad de la colectividad revela su amplio rostro en situaciones de quiebre: frenar la pandemia del COVID-19 necesita de la colaboración de todas las personas, se revela que guardar la distancia o lavarse las manos, puede salvar la vida de personas que no conocemos y que las acciones de ellos pueden salvar la vida de nuestra madre octogenaria. Si la propagación del virus muestra los resortes de las estructuras interrelacionadas en las que habitamos, solo la colectivización del cuidado puede parar la pandemia.

Las epidemias del siglo XVI tuvieron un contexto histórico, económico y político concreto, el COVID-19 aparece en medio de una de las crisis del capitalismo y ese contexto le dota de características particulares y le proveerá de consecuencias

específicas. El capitalismo ha necesitado de la idea del éxito individual y del mérito personal, el capitalismo ha exaltado la idea del individuo que teme una conjura comunista o comunal que le arrebate su propiedad adquirida con tanto celo. Pero un virus no es propiedad privada. En las periferias del capitalismo y del Estado hemos aprendido otras verdades, la familia que hurta el maíz colectivo para escapar de la enfermedad está condenada a la falta de ayuda y a los cuerpos insepultos, la población mixte que salió de la catástrofe demográfica del siglo XVI se organizó en estructuras comunales para resistir el establecimiento paulatino del régimen colonial y luego el establecimiento del Estado, comunalmente hicieron la vida que hizo posible que a pesar de las cruentas epidemias, del despojo y la violencia, aquí continuemos. El cuidado comunal salvó la vida de Luisa que hace posible que ahora yo pueda repetir los últimos consejos de mi tatarabuelo ante la epidemia que le tocó vivir: el bien individual es el bien colectivo.

3. La crisis del coronavirus y nuestros tres niveles de negacionismo

Por Jorge Riechmann

Publicado en *The Conversation*

26 de marzo, 2020

La naturaleza nos está enviando un mensaje con la pandemia de coronavirus (que no deberíamos ver sino como uno de los elementos de la crisis ecosocial sistémica en curso), según el responsable de medio ambiente de Naciones Unidas, Inger Andersen.

Andersen ha declarado que la humanidad está ejerciendo demasiadas presiones sobre el mundo natural con consecuencias dañinas, y advierte de que no cuidar la naturaleza significa no cuidarnos a nosotros mismos.

No ser capaces de responder adecuadamente a crisis como esta remite a nuestro problema de negacionismo. Sobre ello ha insistido con acierto George Monbiot:

“Hemos estado viviendo dentro de una burbuja, una burbuja de confort falso y denegación. En las naciones ricas, habíamos comenzado a creer que hemos trascendido el mundo material. La riqueza acumulada, a menudo a expensas de otros, nos ha protegido de la realidad. Viviendo detrás de las pantallas, pasando de una cápsula a otra –nuestras casas, coches, oficinas y centros comerciales–, nos convencimos de que la contingencia se había retirado, de que habíamos llegado al punto que todas las civilizaciones buscan: aislamiento de los peligros naturales”.

La crisis sanitaria causada por el coronavirus nos devuelve bruscamente a la realidad. Somos organismos ecodependientes

e interdependientes dentro de una biosfera donde “todo está conectado con todo lo demás” –según la célebre primera ley de la ecología de Barry Commoner– y donde los virus son fuente de variabilidad y motor de la evolución biológica.

También Santiago Alba Rico ha llamado la atención sobre este carácter de vuelta a la realidad de la pandemia. Y Eva Borreguero realiza una valiosa reflexión sobre el coste del negacionismo a partir de la pandemia de COVID-19: “En la actual crisis epidemiológica encontramos un anticipo de lo que nos espera si no nos tomamos en serio el cambio climático. Los dos fenómenos comparten, además del negacionismo, otras particularidades; un *modus operandi* –una amenaza abstracta y difusa que en un giro sorpresivo adquiere una tangibilidad íntima y material brutal–; o la aproximación al coste de modular los efectos”. Movilizarse a destiempo puede convertir las crisis en catástrofes terminales.

Los *negacionismos* humanos

La cultura dominante padece un problema muy básico de negacionismo. Pero no en el que era el sentido más habitual de negacionismo hace veinte años (referido al Holocausto, la *Shoah*), el que podríamos llamar *nivel cero*. Ni tampoco al más corriente hoy, el negacionismo climático, *nivel uno*.

El *nivel dos* es un negacionismo más amplio: el negacionismo que rechaza que somos seres corporales, finitos y vulnerables, seres que han puesto en marcha procesos destructivos sistémicos de magnitud planetaria, y que hemos desbordado los límites biofísicos del planeta Tierra.

Me refiero al negacionismo que rechaza la finitud humana, nuestra animalidad, nuestra corporalidad, nuestra mortalidad, y

esos límites biofísicos que visibiliza, por ejemplo, la famosa investigación (sobre *nine planetary boundaries*) de Johan Røckstrom y sus colegas en el Instituto de Resiliencia de Estocolmo.

Y habría, más allá de esto, un *tercer nivel* de negacionismo: el que rechaza la gravedad real de la situación y confía en poder hallar todavía soluciones dentro del sistema, sin desafiar al capitalismo.

Por desgracia (porque esto complica aún más nuestra situación), ya no es así. Dejamos pasar demasiado tiempo sin actuar. Ojalá existiesen esos espacios de acción, pero eso equivale en buena medida a decir: ojalá estuviésemos en 1980, en 1990, en vez de en 2020. Ojalá 350 ppm de dióxido de carbono en la atmósfera, en vez de 415 (y creciendo rápidamente). Los bien-intencionados Objetivos de Desarrollo Sostenible de Naciones Unidas, por ejemplo, llegan con decenios de retraso.

El ecomodernismo –con versiones de izquierdas y de derechas– asume que una transformación ecosocialista decrecentista es imposible, y que solo habría salvación posible acelerando todavía más nuestra huida prometeica hacia adelante: buscando un futuro de alta energía y alta tecnología. Pero esto queda dentro del negacionismo de tercer nivel.

Negacionismo, capitalismo y límites biofísicos: este es el *tema* de nuestro tiempo. El problema viene de lejos. De hecho, los debates y las opciones decisivas tuvieron lugar sobre todo en los años 1970, con 1972 como fecha clave (Cumbre de Estocolmo e informe *Los límites del Crecimiento*). Desde entonces sabemos con certidumbre científica que la civilización que Europa propuso al mundo entero a partir del siglo XVI (expansiva, colonial, patriarcal y capitalista) no tiene ningún futuro.

Cuanto más tardemos en transitar a alguna clase de poscapitalismo, peor será la devastación. Pero por desgracia, en los

años 1970-1980, junto con el neoliberalismo, se impuso el negacionismo.

¿Aprenderemos de la actual crisis?

Hemos hablado con cierta frecuencia de aprendizaje por *shock*. El *shock* lo tenemos aquí, en forma de SARS-CoV-2: un virus zoonótico (procedente de un animal) frente al que no tenemos inmunidad previa y que está poniendo patas arriba el mundo entero. El *shock* está aquí, y se trata solo de uno entre los que venimos padeciendo y vamos a padecer. Pero ¿seremos capaces de un aprendizaje colectivo?

Monbiot nos amonesta:

“La tentación, cuando esta pandemia haya pasado, será encontrar otra burbuja. No podemos permitirnos sucumbir a eso. De ahora en adelante, debemos exponer nuestras mentes a las realidades dolorosas que hemos negado durante demasiado tiempo”.

Tiene toda la razón. La crisis originada por esta pandemia es poca cosa al lado de lo que se avecina a causa de la catástrofe climática, la crisis energética y la Sexta Gran Extinción.

¿Nos sobrepondremos al tercer nivel de nuestro negacionismo para ser capaces de afrontar las transformaciones sistémicas, revolucionarias, que necesitamos desesperadamente?

4. El virus es una fuerza anárquica de metamorfosis

Por Emanuele Coccia

Publicado en *Philosophie Magazine*

26 de marzo de 2020.

En su último ensayo ‘Metamorfosis’ sostiene que todos los seres vivos proceden de la misma vida que se transmuta sin cesar. ¿No es esto lo que todos experimentamos infelizmente con la epidemia?

Emanuele Coccia: Las dos últimas páginas de *Metamorfosis*, escritas mucho antes de la pandemia actual, están dedicadas a los virus. Bosquejo la idea de que el virus es la forma en que el futuro existe en el presente. El virus, de hecho, es una fuerza pura de metamorfosis que circula de vida en vida sin limitarse a las fronteras de un cuerpo. Libre, anárquico, casi inmaterial, no perteneciente a ningún individuo, tiene la capacidad de transformar todos los seres vivos y les permite alcanzar su forma singular. ¡Piensa que parte de nuestro ADN, probablemente alrededor del 8%, es de origen viral! Los virus son una fuerza de novedad, modificación, transformación, tienen un potencial de invención que ha jugado un papel esencial en la evolución. Son una prueba de que no somos más que identidades genéticas de bricolaje multiespecífico. Gilles Deleuze escribió que “hacemos rizoma con nuestros virus, o más bien nuestros virus nos hacen rizoma con otros animales”. Desde este punto de vista, el futuro es como la enfermedad de la identidad, el cáncer del presente: obliga a todos los seres vivos a metamorfosearse. Debe enfer-

marse, contaminarse y posiblemente morir, para que la vida siga su curso y dé a luz al futuro.

Esta forma de ver las cosas puede parecer más inquietante que tranquilizar. . .

El poder transformador de los virus obviamente da algo de miedo, ya que Covid-19 está cambiando nuestro mundo profundamente. La crisis epidemiológica finalmente se superará, pero la aparición de este virus ya ha cambiado irreparablemente nuestros estilos de vida, realidades sociales, equilibrios geopolíticos. Gran parte de la angustia que experimentamos hoy resulta de nuestra comprensión de que el ser vivo más pequeño es capaz de paralizar a la civilización humana mejor equipada desde un punto de vista técnico. Este poder transformador de un ser invisible produce, creo, un cuestionamiento sobre el narcisismo de nuestras sociedades.

¿Es decir. . . ?

Estoy pensando no solo en el narcisismo que convierte al ser humano en el maestro de la naturaleza, sino también en lo que nos lleva a atribuirle al ser humano un poder destructivo increíble y exclusivo sobre los equilibrios naturales. Continuamos viéndonos como especiales, diferentes, excepcionales, incluso en la contemplación del daño que infligimos a otros seres vivos. Y, sin embargo, este poder de destrucción, al igual que la fuerza de la generación, se distribuye equitativamente entre todos los seres vivos. El ser humano no es el ser por excelencia que altera la naturaleza. Cualquier bacteria, cualquier virus, cualquier insecto puede tener un gran impacto en el mundo.

¿Debería la pandemia actual también inducirnos a cambiar de opinión?

La ecología contemporánea continúa nutriéndose de un imaginario en el que la Tierra aparece como la casa de la vida. Esta idea está implícita en las mismas palabras de ecología y ecosistema: oikos, en griego, designa la vivienda, la esfera doméstica bien organizada. En realidad, la naturaleza no es el reino del equilibrio perpetuo, en el que todos estarían en su lugar. Es un espacio para la invención permanente de nuevos seres vivos que alteran todo el equilibrio. Todos los seres migran, todos los seres ocupan la casa de otros. La vida, básicamente, es solo eso.

Más que un miedo al virus, ¿el clima actual revela un miedo a la muerte?

Definitivamente sí. Es natural tener miedo a la muerte y luchar contra ella tanto como sea posible. Y es normal tomar medidas para proteger a la comunidad y especialmente a sus miembros más frágiles. Pero más allá de la crisis que estamos atravesando, nuestras sociedades tienden a reprimir la muerte y a pensar en la vida individual en términos absolutos. Sin embargo, la vida que vivimos no comienza con nuestro nacimiento: es la vida de nuestra madre la que se ha extendido a nosotros y continuará viviendo en nuestros hijos. Somos la misma carne, el mismo aliento, los mismos átomos que nuestra madre que nos acogió durante nueve meses. La vida va de un cuerpo a otro, de una especie a otra, de un reino a otro a través del nacimiento, la nutrición, pero también y, sobre todo, la muerte. También es en virtud de lo que compartimos (humanos, pangolines, plan-

tas, hongos, virus, etcétera), es por el mismo aliento de vida que estamos expuestos a la muerte: es solo porque la vida es en mí que puede convertirse en la vida de otra persona y que puedo perderla.

¿No es la muerte el fin de la vida?

No, es la metamorfosis de la misma vida que circula y se prepara constantemente para tomar otras formas. Al morir, pasaremos esta vida a otros seres. La creencia de que la vida que nos anima termina con la muerte de nuestro cuerpo es una consecuencia de la fetichización de nuestro ser: la idea de que cada uno de nosotros tiene una vida que nos pertenece, que es nativa. Debemos liberarnos de esta concepción.

Es un enfoque liberador, pero al principio es preocupante, ¿verdad?

¡Es la vida misma la que es inquietante y ambigua! Toda vida es un potencial para la creación, para la invención; Toda vida es capaz de imponer un nuevo orden, una nueva perspectiva, una nueva forma de existir. Pero esta apertura a lo nuevo siempre implica una parte oscura y destructiva. Solo piense en el hecho elemental de comer: nuestra vida está literalmente construida sobre los cadáveres de los vivos. Nuestro cuerpo es el cementerio de un número infinito de otros seres. Y nosotros mismos seremos consumidos por otros vivos. Con el virus, nos damos cuenta de que este increíble poder de novedad no está vinculado a una dotación anatómica específica, por ejemplo, en tamaño o en capacidad cerebral. Tan pronto como haya vida, sin importar dónde se encuentre en el árbol de la evolución, es-

tamos en presencia de un poder colosal capaz de cambiar la faz del planeta.

Entonces, ¿deberíamos abandonar la idea tradicional de una jerarquía de especies?

Entendido. Asumimos espontáneamente que el animal es superior a la planta, la planta a la bacteria, etcétera. Sin embargo, las formas de vida más pequeñas no son las más básicas ni las más primitivas. Ningún ser vivo ha conservado la forma que tenía hace millones de años. Cada ser vivo tiene detrás de ellos una historia milenaria que involucra a otros seres. La evolución de los virus, por ejemplo, está vinculada a la de otros seres vivos, ya que “se alimentan” de porciones de ADN.

¿Qué hace la especificidad de la existencia de virus?

En primer lugar, hay una discusión sobre ellos que creo que nunca se resolverá: ¿los virus son seres vivos? Esta discusión teórica es, creo, una pregunta mal planteada. De hecho, siempre existe lo no vivo en lo vivo. Estamos hechos del mismo material que la Tierra; Tenemos una estructura molecular que contiene algo mineral. Por lo tanto, un libro muy hermoso de Thomas Heams propone hablar de «infravidas» en lugar de no vidas. Los virus se reducen casi a ADN o ARN, en resumen, material genético. No tienen estructura celular: núcleo, mitocondrias, etcétera. Esto es sorprendente, porque la célula a menudo pasa por la unidad básica común a todos los seres vivos. Incluso las bacterias tienen una estructura celular, aunque muy específica. En cualquier caso, los virus necesitan apoyarse en otras estructuras biológicas más grandes para reproducirse: «piratean» las

células de otros organismos y les transmiten nuevas instrucciones genéticas para multiplicarse.

¿Qué pensar de la metáfora del virus informático?

Creo que deberíamos revertirlo: toda la información es un virus. Toda la información proviene de otra parte. En el mismo sentido, podemos decir que el lenguaje y el pensamiento están estructurados como genes: todo pensamiento puede descomponerse en elementos más o menos complejos que, como los genes, pueden transmitirse. Esto permite que las mentes de quienes las reciben piensen lo mismo o hagan el mismo gesto, en un nuevo contexto.

¿Debemos admitir que los virus son parte de la multitud de seres que nos habitan?

Todos somos cuerpos que transportan una increíble cantidad de bacterias, virus, hongos y no humanos. 100 mil millones de bacterias de 500 a 1.000 especies se instalan en nosotros. Esto es diez veces más que la cantidad de células que componen nuestro cuerpo. En resumen, no somos un solo ser vivo sino una población, una especie de zoológico itinerante, una casa de fieras. Aún más profundamente, múltiples no humanos, comenzando con virus, han ayudado a dar forma al organismo humano, su forma, su estructura. Las mitocondrias de nuestras células, que producen energía, son el resultado de la incorporación de bacterias. Esta evidencia científica debería llevarnos a cuestionar la sustancialización del individuo, la idea de que es una entidad en sí misma y cerrada al mundo y a la otredad. Pero también deberíamos eliminar la sustancialización de las especies.

¿Qué quieres decir?

A pesar de la ciencia, hemos cavado un abismo entre las diferentes especies. Nunca integramos completamente la intuición de Darwin, que no era tanto decir “el hombre desciende de los primates”, sino más bien: “Ninguna especie es pura, una especie es una mezcla extraña, una quimera, un bricolaje, un mosaico de identidades genéticas de otras especies que lo precedieron”. Todos estamos hechos el uno del otro, llevamos la marca de una multitud de formas por las que la vida ha pasado antes de producir la forma humana. Mire el cuerpo humano: la mayoría de sus características morfológicas, como la nariz o los ojos, no son específicamente humanos. Nuestras vidas son apenas humanas. Nosotros, los vivos, somos la misma vida de otros lugares y solo un poco modificada. Una vida que comienza mucho antes que nosotros. Cualquier especie es como la mariposa de otra y la oruga lista para transformarse en una infinidad de otras. La prueba final, desde un punto de vista químico, es que todos compartimos la misma maquinaria genética: ADN y ARN.

Para concluir, ¿tendría un tablero de lectura para estos tiempos de encierro?

Hay un texto muy hermoso de Aldo Leopold, “Odyssey” (1942), en el que cuenta la vida desde el punto de vista de un átomo que cruza varias formas de vida. Esta lectura nos permite darnos cuenta de que todo lo que nos rodea participa en la misma respiración y la misma vida.

5. La economía o la vida

Anónimo

Publicado en *Lundi matin*

30 de marzo de 2020

¿No lo puedes ver, no lo podéis ver todos, vosotros los conferencistas, que somos nosotros los que estamos muriendo y que aquí abajo lo único que vive realmente es la Máquina? Nosotros creamos la Máquina, para que cumpla nuestra voluntad, pero ya no podemos hacer que cumpla nuestra voluntad. Nos ha robado el sentido del espacio y el sentido del tacto, ha borrado toda relación humana y ha convertido el amor en un acto carnal, ha paralizado nuestros cuerpos y nuestra voluntad y ahora nos obliga a venerarla.

M. Forster, *La Máquina se para.*

No todo es falso en los comunicados oficiales. En medio de tantas mentiras desconcertantes, a veces incluso los corazones de los gobernantes se encuentran visiblemente encogidos, y es entonces cuando detallan cómo están *sufriendo* la economía. A los ancianos se les está dejando ahogarse en casa para que no entren en las estadísticas del ministerio u obstaculicen en los hospitales, sin duda. Pero dejar que una gran compañía muera les provoca un nudo en la garganta. Corren a sus *cabeceras*. Ciertamente, la gente perece en todas partes por problemas de insuficiencia respiratoria, pero no hay que dejar que la economía se quede sin oxígeno. Para ella, nunca habrá escasez de respiradores artificiales. Los bancos centrales se encargan de eso. Los

gobernantes son como esa vieja burguesa que, mientras un visitante se muere en su sala de estar, está sudando frío por las manchas que deja en el suelo. O como ese experto de la tecnocracia nacional que, en un informe reciente sobre seguridad atómica, simplemente concluyó: “La principal víctima del gran accidente nuclear es la economía francesa”.

Ante la actual tormenta microbiana, anunciada mil veces en todos los niveles gubernamentales desde finales de la década de 1990, nos perdemos en la especulación sobre la falta de *preparación* de los dirigentes. ¿Cómo es que las mascarillas, las ambulancias, las camas, los cuidadores, las pruebas y los remedios sean tan escasos? ¿Por qué estas medidas tan tardías y estos repentinos cambios de doctrina? ¿Por qué estos mandatos tan contradictorios: confinarse pero ir a trabajar, cerrar mercados pero no grandes comercios, parar la circulación del virus pero no las mercancías que lo transportan? ¿Por qué obstruir tan grotescamente la administración de pruebas masiva o de un medicamento que es obviamente efectivo y barato? ¿Por qué la *elección* del confinamiento general en lugar de la detección de sujetos enfermos? La respuesta es simple y uniforme: *it's the economy, stupid!*

Rara vez la economía habrá aparecido hasta este punto como lo que es: una religión, si no una secta. Una religión es, después de todo, sólo una secta que ha tomado el poder. Rara vez los gobernantes aparecerán tan claramente *poseídos*. Sus llamadas lunares al sacrificio, a la guerra y a la movilización total en contra del enemigo invisible, a la unión de los fieles, sus delirios verbales incontinentes que ya no avergüenzan ninguna paradoja, son los de cualquier celebración evangélica; y estamos llamados a soportarlos cada uno detrás de nuestras pantallas, en creciente incredulidad. La peculiaridad de este tipo de fe es

que ningún hecho es capaz de invalidarla, sino todo lo contrario. Lejos de condenar la propagación del virus al reino mundial de la economía, es más bien una oportunidad para realizar sus presupuestos. El nuevos *ethos* del confinamiento, en el que “los hombres no obtienen ningún placer (sino, por el contrario, un gran disgusto) de vivir en compañía”, en el que cada uno considera a cualquiera que, desde su estricta separación, sea una amenaza para su vida, en el que el miedo a la muerte se impone como fundamento del contrato social, realiza la hipótesis antropológica y existencial del *Leviatán* de Hobbes — Hobbes, al que Marx reputó “uno de los más grandes y antiguos economistas de Inglaterra, uno de los más grandes y originales filósofos”. Para situar esta hipótesis, es bueno recordar que a Hobbes le divirtió que su madre lo diera a luz bajo el terror causado por el rayo. Nacido por el miedo, lógicamente vio en la vida sólo el miedo a la muerte. “Ése es su problema”, estamos tentados de decir. Nadie está obligado a concebir esta visión *enfermiza* como el fundamento de su existencia, y mucho menos de cualquier existencia. La economía, ya sea liberal o marxista, de derechas o de izquierdas, dirigida o desregulada, es esa enfermedad que se propone como fórmula para la salud general. En esto, es de hecho una religión.

Como el amigo Hocart señaló, no hay nada fundamentalmente diferente entre el presidente de una nación “moderna” y un jefe tribal en las islas del Pacífico o un soberano pontífice en Roma. Siempre se trata de realizar todos los ritos propiciatorios que traerán prosperidad a la comunidad, conciliar a los dioses, ahorrables su ira, asegurar la unidad y evitar que la gente se disperse. “Su razón de ser no es coordinar sino presidir el ritual” (*Reyes y cortesanos*): no es la comprensión de esto lo que hace toda la imbecilidad incurable de los dirigentes contemporáneos.

Una cosa es atraer la prosperidad, otra es gestionar la economía. Una cosa es realizar rituales, otra es gobernar la vida de la gente. El carácter puramente litúrgico del poder queda suficientemente demostrado por la profunda inutilidad, e incluso la actividad esencialmente contraproducente, de los gobernantes actuales, que sólo ven la situación como una oportunidad sin precedentes para extender sus prerrogativas y asegurarse de que nadie venga a ocupar su miserable puesto. En vista de las calamidades que nos están ocurriendo, los líderes de la religión económica deben ser realmente los últimos de los tontos cuando se trata de ritos propiciatorios, y esa religión no debe ser de hecho más que una condena infernal.

Así que aquí estamos en la encrucijada: o salvamos la economía, o nos salvamos a nosotros mismos; o salimos de la economía, o nos dejamos alistar en el “gran ejército de la sombra” de los presacrificados; la misma retórica de la época de 1914-1918 no deja absolutamente ninguna duda sobre este punto. Es la economía o la vida. Y como estamos tratando con una religión, estamos tratando con un *cisma*. Los estados de emergencia decretados en todas partes, la extensión infinita de medidas policiales y de control de la población ya en vigor, la eliminación de todos los límites de la explotación, la decisión soberana de a quién se deja vivir y a quién se deja morir, la apología desinhibida de la gubernamentalidad china, no apuntan ahora a “la salvación del pueblo”, sino a preparar el terreno para una sangrienta “vuelta a la normalidad”, o más bien a la instauración de una normalidad aún más anómica que la que prevalecía en el mundo anterior. En este sentido, los dirigentes no mienten por una vez: lo que venga después se juega más que nunca *ahora*. *Ahora* es el momento en el que los cuidadores tienen que desafiar cualquier obediencia a los que los adulan sacrificándos-

los. *Ahora* es el momento de arrebatarse a las industrias de la enfermedad y a los especialistas en “salud pública” la definición de nuestra salud, nuestra *gran* salud. *Ahora* es el momento de establecer redes de ayuda mutua, suministro y autoproducción que nos permitirán evitar sucumbir al chantaje de la dependencia que buscará duplicar nuestra esclavitud. *Es ahora*, desde la prodigiosa suspensión que estamos experimentando, cuando tenemos que averiguar todo lo que necesitamos para evitar el retorno de la *economía* y todo lo que necesitamos para vivir más allá de ella. Es ahora cuando debemos alimentar la complicidad que puede limitar la descarada venganza de una fuerza policial que sabe que es odiada. *Ahora* es el momento de descontentarnos, no por simple bravuconería, sino paso a paso, con toda la inteligencia y atención que corresponde a la amistad. *Ahora* debemos dilucidar la vida que queremos, lo que esta vida requiere que construyamos y destruyamos, con quién queremos vivir y con quién ya no queremos vivir. Y que nos traiga sin *cuidado* que los dirigentes se armen para la guerra contra nosotros. Nada de “vivir juntos” junto con los que nos dejan morir. No habremos tenido ninguna protección al precio de nuestra sumisión; el contrato social ha muerto; ahora nos toca a nosotros inventar otra cosa. Los gobernantes actuales saben muy bien que, en el día del desconfinamiento, no tendremos otro deseo que ver cómo se les caen las cabezas, y por eso harán todo lo posible para evitar que llegue ese día, para difractar, controlar y aplazar la salida del confinamiento. Depende de nosotros decidir cuándo y en qué condiciones. Depende de nosotros trazar los caminos técnica y humanamente practicables para salir de la economía. “Nos levantamos y nos piramos”, dijo una desertora de Goncourt no hace mucho. O para citar a un economista que intentaba desintoxicarse de su religión: “La avaricia es un vicio,

es una fechoría extorsionar los beneficios usurarios; el amor al dinero es aborrecible; caminan con más seguridad por los senderos de la virtud y la sabiduría quienes se preocupan menos por el mañana. Una vez más volveremos a estimar más los fines que los medios, y a preferir lo bueno y lo útil. Honraremos a quienes nos enseñan a acoger el momento presente de forma más virtuosa y buena, la gente exquisita que sabe disfrutar de las cosas inmediatamente, los lirios del campo que no tejen ni hilan” (Keynes).

6. Más allá del colapso: tres meditaciones sobre las condiciones resultantes posibles

Por Franco “Bifo” Berardi

Publicado en *E-flux conversations*

31 de marzo 2020

De repente, lo que hemos estado pensando durante los últimos cincuenta años tiene que ser repensado desde cero. Gracias a Dios (¿es Dios un virus?) que tenemos una gran cantidad de tiempo extra ahora porque las viejas empresas están hoy fuera de juego.

Voy a decir algo sobre tres temas distintos. Uno: el fin de la historia humana, que se desarrolla claramente ante nuestros ojos. Dos: la emancipación en curso del capitalismo, y/ o el peligro inminente del tecno-totalitarismo. Tres: el regreso de la muerte (por fin) a la escena del discurso filosófico, después de su larga negación moderna, y la revitalización del cuerpo como disipación.

Bichos

La filósofa que mejor anticipó el apocalipsis viral en curso es Donna Haraway. En *Seguir con el problema*, ella sugiere que el agente de la evolución ya no es el Hombre, sujeto de la historia.

El humano está perdiendo su centralidad en este proceso caótico, y no debemos desesperarnos por esto, como hacen los nostálgicos del humanismo moderno. Al mismo tiempo, no de-

beríamos buscar consuelo en los delirios de un tecno-arreglo, como lo hacen los tecno-maníacos transhumanistas contemporáneos.

La historia humana ha terminado, y los nuevos agentes de la historia son los 'bichos' (*critters*), en la jerga de Haraway. La palabra 'bicho' refiere a pequeñas criaturas, criaturas pequeñas y juguetonas que hacen cosas extrañas, como provocar mutaciones.

Bien: los virus. Burroughs habla de los virus como agentes de mutación: mutación biológica, cultural, lingüística.

Los bichos no existen como individuos. Se propagan colectivamente, como un proceso de proliferación.

El año 2020 debería ser visto como el año en que la historia humana se disolvió, no porque los seres humanos desaparezcan del planeta Tierra, sino porque el planeta Tierra, cansado de su arrogancia, lanzó una microcampaña para destruir su *Will zur Macht*.

La Tierra se está rebelando contra el mundo, y los agentes del planeta Tierra son inundaciones, incendios y, sobre todo, bichos.

Por lo tanto, el agente de la evolución ya no es el ser humano consciente, agresivo y de voluntad fuerte, sino la materia molecular, los microflujos de criaturas incontrolables que invaden el espacio de producción y el espacio del discurso, reemplazando la *historia* por la *herstoria*, la época en que la Razón teleológica es reemplazada por la Sensibilidad y el devenir sensual y caótico.

El humanismo se basó en la libertad ontológica que los filósofos italianos del Renacimiento temprano identificaron con la ausencia de determinismo teológico. El determinismo teológico ha terminado y el virus ha tomado el lugar de un dios teleológico.

El fin de la subjetividad como motor del proceso histórico implica el fin de lo que hemos llamado “Historia” con h mayúscula, e implica el comienzo de un proceso en el que la teleología consciente es reemplazada por múltiples estrategias de proliferación.

La proliferación, la diseminación de los procesos moleculares, reemplaza la historia como macroproyecto.

El pensamiento, el arte y la política ya no deben verse como proyectos de totalización (*Totalisierung*, en el sentido de Hegel), sino como procesos de proliferación sin totalidad.

El uso, lo útil

Después de cuarenta años de aceleración neoliberal, la carrera del capitalismo financiero se detuvo de repente. Uno, dos, tres meses de bloqueo global, una larga interrupción del proceso de producción y de la circulación global de personas y bienes, un largo período de aislamiento, la tragedia de la pandemia ... todo esto va a quebrar la dinámica capitalista en un manera que puede ser irremediable, irreversible. Los poderes que administran el capital global a nivel político y financiero están tratando desesperadamente de salvar la economía, inyectando enormes cantidades de dinero en ella. Miles de millones, miles de millones ... cifras, números que ahora tienden a significar: cero.

De repente, el dinero no significa nada, o muy poco.

¿Por qué le están dando dinero a un cadáver? ¿Puedes revivir el cuerpo de la economía global inyectando dinero en él? No puedes. El punto es que tanto el lado de la oferta como el de la demanda son inmunes al estímulo monetario, porque la caída no ocurre por razones financieras (como en 2008), sino por el

colapso de los cuerpos, y los cuerpos no tienen nada que ver con el estímulo financiero.

Estamos pasando el umbral que lleva más allá del ciclo de labor-dinero-consumo.

Cuando, un día, el cuerpo salga del confinamiento de la cuarentena, el problema no será reequilibrar la relación entre tiempo, labor y dinero, reequilibrar la deuda y el reembolso. La Unión Europea se ha fracturado y debilitado por su obsesión con la deuda y el equilibrio, pero la gente está muriendo, los hospitales se están quedando sin ventiladores y los médicos están abrumados por la fatiga, la ansiedad y el miedo a las infecciones. En este momento esto no se puede cambiar con dinero, porque el dinero no es el problema. El problema es: ¿cuáles son nuestras necesidades concretas? ¿Qué es útil para la vida humana, para la colectividad, para la terapia?

El valor de uso, expulsado por mucho tiempo del campo de la economía, ha vuelto, y lo útil ahora es el rey.

El dinero no puede comprar la vacuna que no tenemos, no puede comprar las máscaras protectoras que no se han producido, no puede comprar los departamentos de cuidados intensivos que han sido destruidos por la reforma neoliberal del sistema de salud de Europa. No, el dinero no puede comprar lo que no existe. Solo el conocimiento, solo el trabajo inteligente puede comprar lo que no existe.

Así el dinero es impotente ahora. Solo la solidaridad social y la inteligencia científica están vivas, y pueden volverse políticamente poderosas. Por eso creo que al final de la cuarentena global, no volveremos a la normalidad. Lo normal nunca volverá. Lo que sucederá después aún no se ha determinado, y no es predecible.

Nos enfrentamos a dos alternativas políticas: un sistema

tecno-totalitario que relanzará la economía capitalista mediante la violencia, o la liberación de la actividad humana de la abstracción capitalista y la creación de una sociedad molecular basada en el uso.

El gobierno chino ya está experimentando a gran escala con el capitalismo tecno-totalitario. Esta solución tecno-totalitaria, anticipada por la abolición provisional de la libertad individual, puede convertirse en el sistema dominante del tiempo venidero, como Agamben ha señalado correctamente en sus recientes y controvertidos textos.

Pero lo que dice Agamben es solo una descripción obvia de la emergencia actual y del futuro probable. Quiero ir más allá de lo probable, porque lo posible es más interesante para mí. Y lo posible está contenido en la ruptura de la abstracción y en el dramático retorno del cuerpo concreto como portador de necesidades concretas.

Aquello con alto valor de uso está de vuelta en el campo social. El uso, olvidado y negado por el proceso capitalista de valorización abstracta, es ahora el rey de la escena.

El cielo está despejado en estos días de cuarentena, la atmósfera está libre de partículas contaminantes, ya que las fábricas están cerradas y los automóviles no pueden circular. ¿Volveremos a la economía extractiva contaminante? ¿Volveremos al frenesí normal de destrucción por acumulación y de aceleración inútil por el valor de cambio? No, debemos avanzar hacia la creación de una sociedad basada en la producción de lo útil.

¿Qué necesitamos ahora? Ahora, en el momento inmediato, necesitamos una vacuna contra la enfermedad, necesitamos máscaras protectoras y necesitamos equipos de cuidados intensivos. Y a la larga necesitamos comida, necesitamos afecto y placer. Y una nueva cultura de ternura, solidaridad y frugali-

dad.

Lo que queda del poder capitalista intentará imponer un sistema de control tecno-totalitario en la sociedad, esto es obvio. Pero la alternativa está aquí ahora: una sociedad libre de las compulsiones de acumulación y crecimiento económico.

Placer

El tercer punto sobre el que me gustaría reflexionar es el retorno de la mortalidad como la característica definitoria de la vida humana. El capitalismo ha sido un intento fantástico de superar la muerte. La acumulación es el *Ersatz* que reemplaza la muerte con la abstracción del valor, la continuidad artificial de la vida en el mercado.

El cambio de la producción industrial al trabajo de información, el cambio de la conjunción a la conexión en la esfera de la comunicación, es el punto final de la carrera hacia la abstracción, que es el hilo principal de la evolución capitalista.

En una pandemia, la conjunción está prohibida: quédese en casa, no visite a amigos, mantenga su distancia, no toque a nadie. Es inevitable una enorme expansión del tiempo que se pasa en línea, y todas las relaciones sociales (trabajo, producción, educación) se han desplazado a esta esfera que prohíbe la conjunción. El intercambio social *offline* ya no es posible. ¿Qué pasará después de semanas y meses de esto?

Tal vez, como predice Agamben, ingresaremos al infierno totalitario de un estilo de vida plenamente conectado. Pero un escenario diferente es posible.

¿Y qué si la sobrecarga de la conexión rompe el hechizo? Cuando la pandemia finalmente se disipe (suponiendo que lo haga), es posible que se haya impuesto una nueva identificación

psicológica: *online* equivale a enfermedad. Tenemos también que imaginar y crear un movimiento de caricias que obligue a los jóvenes a apagar sus pantallas conectivas como recordatorios de un momento solitario y temeroso. Esto no significa que debamos volver a la fatiga física del capitalismo industrial; más bien significa que debemos aprovechar la riqueza del tiempo que la automatización emancipa del trabajo físico, y dedicar nuestro tiempo al placer físico y mental.

La propagación masiva de la muerte que estamos presenciando en esta pandemia puede reactivar nuestro sentido del tiempo como disfrute, en lugar de como un aplazamiento de la alegría.

Al final de la pandemia, al final del largo período de aislamiento, la gente simplemente puede continuar hundiéndose en la nada eterna de la conexión virtual, del distanciamiento y la integración tecno-totalitaria. Esto es posible, incluso probable. Pero no deberíamos estar limitados por lo probable. Deberíamos descubrir la posibilidad oculta en el presente.

Puede ser que después de meses de constante conectividad en línea, las personas salgan de sus casas y apartamentos en busca de conjunción. Puede surgir un movimiento de solidaridad y ternura que lleve a las personas hacia una emancipación de la dictadura conectiva.

La muerte está de vuelta en el centro del paisaje: la mortalidad negada desde hace mucho tiempo, la misma que hace que los humanos estén vivos.

7. La mutación china (O sobre la “desweberianización” del capitalismo)

Por Rodrigo Karmy Bolton

Publicado en *Revista Bordes*

2 abril de 2020.

La mutación del coronavirus constituye un fenómeno menor en comparación con la mutación geopolítica que estamos presenciando. Los EEUU han quedado fuera de juego ante la proyección china que se ha apropiado de la noción de “humanidad” enviando misiones de “ayuda” (junto a rusos y cubanos) a diferentes países para contener la propagación virológica. Hasta ahora, la noción de “humanidad”, término imperial por excelencia, había sido el pivote de toda la articulación imperial por parte de los EEUU. Solo ellos podían decidir resolver un asunto de la “humanidad” y no simplemente de los EEUU. Hoy han sido los chinos quienes se han proyectado salvar a la “humanidad”.

Trump asumió la fórmula malthusiana de “hacer vivir” a los suyos y “dejar morir” al resto, sin capacidad de articular un orden, una escena o una política universal que vaya más allá de los muros fronterizos que ficticiamente separan a EEUU del “contagio” latinoamericano. Digámoslo al revés: los únicos que han hecho una verdadera política imperial han sido los chinos. Sin planificación alguna, pero con un trabajo silencioso por el que el capital viene penetrando reticularmente las diferentes economías del mundo, los chinos entendieron la dimensión geopolítica que se jugaba en la coyuntura abierta por el “coronavirus” y asaltaron el kairós de la situación. En eso ha consistido su inteligencia política, hipotecando el largo plazo para relevar la

posición imperial de los EEUU.

Por cierto, ello implica una mutación decisiva en el campo de los órdenes de dominio: en esta coyuntura EEUU ha sido incapaz de velar por Europa y, en ese sentido, se ha roto o, al menos debilitado el pacto erigido inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, según el cual, los EEUU velan por Europa de la posibilidad de que el fantasma ruso pueda ingresar en ella y dominarla. Hoy hemos visto a médicos rusos desembarcando en vehículos militares en Italia y todo comienza a funcionar como un prolegómeno –cuya extensión resulta incierta– a la nueva realidad geopolítica.

Ninguna de estas transformaciones se debe al “coronavirus”, pero sí a la posibilidad que abrió. Esa puerta estaba ahí para ser usada por cualquiera. Pero fueron los chinos quienes, después de su agonía en Wuhan, ingresaron en ella para consolidar el trabajo que han venido haciendo hace ya demasiado tiempo y cuyo objetivo debería terminar en arrebatar a los EEUU la hegemonía financiera sobre la divisa global que abra nuevos circuitos del capital que no le rindan pleitesía al dólar, sino al yuan. Cuando ello se consolide, definitivamente entraremos en la fase de “desweberianización” del capitalismo global, esto es, un estadio que no requiere del ethos de la subjetividad liberal como pivote para su realización. Porque, quizás, el capitalismo constituye un modo de producción que no necesita de una cultura en particular para desplegarse.

Toda la tradición “weberiana” que circunscribió el origen del capitalismo a una cierta “ética protestante” y, por tanto, a una investidura “liberal” ha comenzado a ser cuestionada. Hamid Dabashi, por ejemplo, insiste en que su surgimiento no se debió a una “cultura” en particular pues, tal como planteara Marx, éste habría sido desde siempre transnacional; de otro modo también

Samir Amin quien intentó reconstruir la historia del capitalismo más allá del paradigma eurocéntrico que forjó Weber mostrando cómo éste habría encontrado su terreno fértil en un sistema tributario que, antes de 1492, provenía de China y la célebre ruta de la seda.

En cualquier caso, la coyuntura del coronavirus ha abierto el problema de la “desweberianización” del capitalismo a partir de la cual éste puede iniciar una nueva etapa en su deriva global sólo si supera al individualismo que constituyó su motor de tantos siglos. En esta perspectiva, la sombra china se abalanza para relevar a los EEUU y la coyuntura virológica les ha proyectado en su vocación universal del humanismo dispuesta a ayudar al resto de las naciones afectadas por el mal.

Es evidente que antes de la coyuntura virológica, habíamos contemplado la “guerra comercial” y seguramente veremos otros episodios cada vez más agudos una vez que la asonada virológica pase.

Ningún evento importante en la historia acontece de la noche a la mañana, siempre deviene un proceso silencioso o no, explícito o implícito que baraja los naipes del destino. Hoy que el FMI ha anunciado la existencia de una “recesión” de la economía mundial ¿será el capital chino el que la salvará? ¿Tendremos que esperar un “Plan Marshall” chino para el mundo post-coronavirus?

Sin embargo, la constatación radical es que no hay proyecto. El relevo imperialista de una China capaz de desweberianizar al capitalismo representa su consumación antes que su interrupción o transformación. En este sentido, a diferencia de una cierta izquierda nostálgica de la guerra fría, resentida del imperialismo norteamericano, no alcanzo a ver cómo China podría modificar lo que en ella aparece con una fuerza decisiva en que la Big Da-

ta y toda una serie de regímenes de “regulación” gubernamental acusan recibo de un desarrollo mucho más intenso que culmina definitivamente en la recusación de pliegues posibles.

Un capitalismo exento de pliegues, como una maquinaria ciega y exenta de cualquier interrupción. El individualismo moderno –con todas sus derivas que fueron desde el tomismo al liberalismo y de éste último al neoliberalismo contemporáneo– fue el contorno a partir del cual esa maquinaria funcionó por 500 años.

El alzamiento chino constituirá la superación de las diferentes formas de individualismo por un capitalismo exento de pliegue. Pero ello no se debe a la actualización de una cierta tradición cultural “asiático” u “oriental” tal y como calificaría el discurso orientalista tan constitutivo a cierta episteme filosófica, sino a la misma tendencia desarrollada en el bendito y sagrado “Occidente” en la que Cambridge Analytica o el espionaje de poblaciones enteras inauguradas por la NSA y sus programas informáticos son tan sólo los síntomas de una racionalidad que ha abierto otra etapa en el desarrollo capitalista donde la individualidad cada vez más acusa recibo de su propio absurdo en la medida que, al igual que la caracterización que hubiera hecho Freud en torno al “yo”, aparece gobernada por fuerzas absolutamente exentas de control.

Porque no obstante sus diferencias, los casos de Edward Snowden y de Jullian Assange expresan exactamente la tendencia hacia la desweberianización del capitalismo que, sin embargo, no será consumada por el eje euroatlántico sino por la irrupción del dominio chino en todas las esferas de la tierra.

A esta luz, no se trata entonces de una suerte de “choque de civilizaciones” entre el mentado “confucianismo chino” y el “cristianismo occidental”, ni menos aún entre el “autoritarismo

estatal” y el “individualismo liberal” como si ambos no fueran términos co-pertenecientes a una misma historia de poder. Más bien, se trataría de las contradicciones inmanentes al capitalismo global que ya ha comenzado el proceso de desweberianización dentro de la misma “cultura” que supuestamente hace gárgaras en su defensa.

El triunfo del capitalismo corporativo deviene el factum de lo que aquí me parece que está en juego y en él, el Partido Comunista Chino adquiere la eficacia de una corporación político-financiera decisiva, perfectamente adecuada al régimen de veridicción prevalente. Solo ella parece poder dar el salto revolucionario a la nueva etapa del capitalismo sin pliegues, a su desweberianización.

Podríamos decir, que la escena chino-estadounidense redundaba similar a la que Gramsci gustaba de caracterizar para pensar el problema de la “hegemonía”: como en el Despotismo Ilustrado en el que el monarca aún estaba vigente, pero enteramente desfondado de la efectividad del poder de la emergente burguesía, así también, en el escenario de los imperialismos actuales sucede como si los EEUU mantuviera su posición de monarca, pero cada vez más debilitado por la penetración reticular china.

En esta vía, EEUU comienza a parecer como máscara de un poder formal que dependerá de manera cada vez más frecuente del poder real chino: la divisa norteamericana se mantiene sin duda, pero gracias al impulso de la economía china. Quizás, ello resume el proceso que está en curso y que la emergencia virológica ha visibilizado. Si bien los EEUU siguen siendo la potencia militar más importante del planeta, ello no se traduce, sin embargo, en una incidencia política que pueda imponer un orden preciso, sino es a partir de la producción del “caos”: la guerra civil global.

Porque la reticularidad de la economía juega en el campo en el que la lógica militar tiende a quedar permanentemente sobrepasada: el dominio económico domina al dominio militar. Y los EEUU saben que no pueden soltar la hegemonía del dólar, aunque saben que éste depende cada vez más de la economía china: el dólar es cada vez más un espejismo especulativo; la economía china, en cambio, una realidad que penetra silenciosa y reticularmente.

El posible relevo imperialista implica, más bien, una mutación decisiva en el campo del capitalismo global: un nuevo imperialismo no modificará la estructura del Imperio sino que más bien la radicalizará en un proceso ya en curso hace mucho que podríamos calificar de “desweberianización”. A diferencia de Alexandre Kojève que veía con sumo interés la irrupción del maoísmo como umbral chino del “fin de la historia” quizás sea China quien hará de dicho fin el momento más refinado del Imperio. El filósofo que contempla hacia atrás el fin ¿será un filósofo chino?

8. La pandemia es un portal

Por Arundhati Roy

Publicado en *Financial Times*

3 de abril, 2020

¿Quién puede usar el término “se volvió viral” hoy en día sin estremecerse un poco? ¿Quién puede observar algo: una manija de la puerta, un envase de cartón, una bolsa de verduras, sin imaginar que está repleta de esas burbujas invisibles, no muertas pero sin vida, salpicadas de ventosas que esperan adherirse a nuestros pulmones?

¿A quién se le ocurre besar a un extraño, subirse a un autobús o enviar a su hijo a la escuela sin sentir miedo real? ¿Quién puede pensar en cualquier placer ordinario sin evaluar su riesgo? ¿Quién de nosotros no es epidemiólogo, virólogo, estadístico o profeta? ¿Qué científico o médico no está orando en secreto por un milagro? ¿Qué sacerdote no está, al menos en secreto, sometiéndose a la ciencia?

Pero, incluso mientras el virus prolifera, ¿a quién no le emociona la ola de cantos de pájaros en las ciudades, los pavos reales que bailan en los cruces de tráfico y el silencio en los cielos?

El número de casos en todo el mundo esta semana aumentó más de un millón. Más de 50.000 personas han muerto. Las proyecciones sugieren que el número aumentará a cientos de miles, tal vez más. El virus se ha movido libremente por los caminos del comercio y el capital internacional, y la terrible enfermedad que ha traído a su paso ha encerrado a los humanos en sus países, sus ciudades y sus hogares.

Pero a diferencia del flujo de capital, este virus busca la pro-

liferación, no la ganancia y, por lo tanto, sin darse cuenta, en cierta medida, ha revertido la dirección del flujo. Se ha burlado de los controles de inmigración, la biometría, la vigilancia digital y cualquier otro tipo de análisis de datos, y ha golpeado con fuerza, hasta ahora, en las naciones más ricas y poderosas del mundo, deteniendo el motor del capitalismo. Tal vez temporalmente, pero al menos durante el tiempo suficiente como para que examinemos sus partes, hagamos una evaluación y decidamos si queremos ayudar a arreglarlo o buscar un motor mejor.

A los mandarines que manejan esta pandemia les gusta hablar de guerra. Ni siquiera utilizan la guerra como metáfora, la usan literalmente. Pero si realmente fuera una guerra, ¿quién estaría mejor preparado que los Estados Unidos? Si los soldados de la primera línea no necesitaran máscaras y guantes, sino armas, bombas inteligentes, búnkers, submarinos, aviones de combate y bombas nucleares, ¿habría escasez?

Noche tras noche, desde el otro lado del mundo, algunos de nosotros miramos las conferencias de prensa del gobernador de Nueva York con una fascinación que es difícil de explicar. Seguimos las estadísticas y escuchamos las historias de hospitales abrumados en los Estados Unidos. Relatos de enfermeras mal pagadas y con exceso de trabajo que tienen que hacer máscaras con bolsas de basura y gabardinas viejas, arriesgando todo para ayudar a los enfermos. Historias sobre los Estados que se ven obligados a competir entre sí por respiradores, sobre los dilemas de los médicos acerca de qué paciente debe recibir uno y quienes deben morir. Y pensamos, para nosotros mismos: "¡Dios mío! ¡Esto es América!"

La tragedia es inmediata, real, épica y se desarrolla ante nuestros ojos. Pero no es algo nuevo. Son los restos de un tren

que ha estado yendo por la misma vía durante años. ¿Quién no recuerda los videos de “abandono de pacientes”: personas enfermas, todavía con sus batas de hospital, desnudas, arrojadas subrepticamente en las esquinas? Las puertas de los hospitales se han cerrado con demasiada frecuencia a los ciudadanos menos afortunados de los Estados Unidos. No ha importado cuán enfermos han estado o cuánto han sufrido.

Al menos no hasta ahora, porque ahora, en la era del virus, la enfermedad de una persona pobre puede afectar la salud de toda la sociedad rica. Y, sin embargo, incluso ahora, Bernie Sanders, el senador que ha hecho una campaña por la atención médica para todos, es considerado un caso atípico en su apuesta por la Casa Blanca, incluso por su propio partido.

En diciembre, mientras China luchaba contra el brote del virus en Wuhan, el gobierno de la India estaba lidiando con un levantamiento masivo de cientos de miles de sus ciudadanos, que protestaban contra la descaradamente discriminatoria ley de ciudadanía anti-musulmana que acababa de aprobarse en el Parlamento.

El primer caso de Covid-19 fue reportado en la India el 30 de enero, solo días después de que el honorable invitado principal de nuestro Desfile del Día de la República, el devorador de bosques del Amazonas y negador del coronavirus, Jair Bolsonaro, hubiera abandonado Delhi. Pero había mucho que hacer en febrero para que el virus entrara en el calendario del partido gobernante. Hubo una visita oficial del presidente Donald Trump programada para la última semana del mes. Le había atraído la promesa de una audiencia de un millón de personas en un estadio deportivo en el estado de Gujarat. Todo eso llevó mucho dinero y mucho tiempo.

Luego hubo elecciones en la Asamblea de Delhi que el Par-

tido Bharatiya Janata había programado para perder, a menos que mejorara su juego, lo que hizo, desatando una campaña nacionalista hindú viciosa, sin restricciones, repleta de amenazas de violencia física y la acusación de “traidores”. Perdió, de todos modos. Entonces hubo un castigo para los musulmanes de Delhi, a quienes se culpó por la humillación. Multitudes armadas de vigilantes hindúes, respaldados por la policía, atacaron a musulmanes en los barrios de la clase trabajadora del noreste de Delhi. Se quemaron casas, tiendas, mezquitas y escuelas. Los musulmanes, que esperaban el ataque, contraatacaron. Más de cincuenta personas, entre musulmanes y algunos hindúes, fueron asesinadas.

Miles de personas se mudaron a campos de refugiados en cementerios locales. Los cuerpos mutilados todavía estaban siendo sacados de la red de desagües sucios y apestosos cuando los funcionarios del gobierno tuvieron su primer encuentro sobre el Covid-19 y la mayoría de los indios comenzaron a escuchar acerca de la existencia de algo llamado desinfectante de manos. Marzo también estuvo ocupado. Las primeras dos semanas se dedicaron a derrocar al gobierno del Congreso en el estado de Madhya Pradesh, en el centro de India, y a instalar un gobierno BJP¹ en su lugar. El 11 de marzo, la Organización Mundial de la Salud declaró que Covid-19 era una pandemia. Dos días después, el 13 de marzo, el ministerio de salud dijo que el coronavirus “no es una emergencia sanitaria”.

Finalmente, el 19 de marzo, el primer ministro indio se dirigió a la nación. No había hecho mucha tarea. Tomó prestado el libro de recetas de Francia e Italia. Nos habló de la necesidad de “distanciamiento social” (fácil de entender para una sociedad tan inmersa en la práctica de la casta) y pidió un día de “toque

¹*Bharatiya Janata Party.*

de queda del pueblo”, el 22 de marzo. No dijo nada sobre lo que su gobierno iba a hacer en la crisis, pero pidió a la gente que salga a sus balcones, toquen las campanas y golpeen sus ollas y sartenes para saludar a los trabajadores de la salud.

No mencionó que, hasta ese mismo momento, la India había estado exportando equipo de protección y equipo respiratorio, en lugar de guardarlo para los trabajadores de salud y hospitales del país.

No es sorprendente que la solicitud de Narendra Modi fue recibida con gran entusiasmo. Hubo marchas, bailes comunitarios y procesiones. No hubo mucho distanciamiento social. En los días siguientes, los hombres fueron por barriles de estiércol de vaca sagrada, y los partidarios de BJP organizaron fiestas para beber orina de vaca. Para no quedarse atrás, muchas organizaciones musulmanas declararon que el Todopoderoso era la respuesta al virus y pidieron a los fieles que se reunieran en mezquitas en gran número. El 24 de marzo, a las ocho de la noche, Modi apareció nuevamente en la televisión para anunciar que, desde la medianoche en adelante, toda la India estaría bajo aislamiento. Los mercados estarían cerrados. Todo transporte, tanto público como privado, sería cancelado.

Dijo que estaba tomando esta decisión no solo como primer ministro, sino como el anciano de nuestra familia. ¿Quién más puede decidir, sin consultar a los gobiernos estatales que tendrían que lidiar con las consecuencias de esta decisión, que una nación de mil trescientos ochenta millones de personas debería ser encerrada sin ninguna preparación y con cuatro horas de aviso? Sus métodos definitivamente dan la impresión de que el primer ministro de India piensa en los ciudadanos como una fuerza hostil que necesita ser emboscada, tomada por sorpresa, pero nunca confiable.

Encerrados estábamos. Muchos profesionales de la salud y epidemiólogos han aplaudido este movimiento. Quizás tengan razón en teoría. Pero seguramente ninguno de ellos puede soportar la calamitosa falta de planificación o preparación que convirtió el aislamiento más grande y punitivo del mundo en exactamente lo contrario de lo que estaba destinado a lograr.

El hombre que ama los espectáculos creó a la madre de todos los espectáculos.

Mientras observaba un mundo horrorizado, la India se reveló con toda su vergüenza, su brutalidad estructural y social, su desigualdad económica, su insensible indiferencia al sufrimiento.

El aislamiento funcionó como un experimento químico que, de repente, iluminó cosas ocultas. A medida que las tiendas, los restaurantes, las fábricas y la industria de la construcción se cerraron, mientras los ricos y las clases medias se encerraron en barrios privados, nuestros pueblos y megaciudades comenzaron a expulsar a sus ciudadanos de clase trabajadora, sus trabajadores migrantes, como una acumulación no deseada.

Muchos fueron expulsados por sus empleadores y propietarios, millones de personas pobres, hambrientas y sedientas, jóvenes y viejos, hombres, mujeres, niños, personas enfermas, personas ciegas, personas discapacitadas, sin ningún otro lugar a donde ir, sin transporte público a la vista, comenzaron una larga marcha hacia sus aldeas. Caminaron durante días, hacia Badaun, Agra, Azamgarh, Aligarh, Lucknow, Gorakhpur, a cientos de kilómetros de distancia. Algunos murieron en el camino.

Sabían que iban a casa potencialmente para frenar el hambre. Quizás incluso sabían que podrían llevar el virus con ellos e infectarían a sus familias, a sus padres y abuelos en casa, pero necesitaban desesperadamente un poco de familiaridad, refugio y dignidad, así como comida, y también amor.

Mientras caminaban, algunos fueron golpeados brutalmente y humillados por la policía, acusada de hacer cumplir estrictamente el toque de queda. Se hizo que los hombres jóvenes se agacharan e hicieran saltos de rana por la carretera. En las afueras de la ciudad de Bareilly, un grupo fue reunido y lavado con una manguera con spray químico.

Pocos días después, preocupado de que la población en fuga propagara el virus a las aldeas, el gobierno selló las fronteras estatales incluso para los caminantes. Las personas que habían estado caminando durante días fueron detenidas y obligadas a regresar a campamentos en las ciudades de las que acababan de obligarles a irse.

Entre las personas mayores se evocaron los recuerdos de la transferencia de población de 1947, cuando la India se dividió y nació Pakistán. Excepto que este éxodo actual fue impulsado por divisiones de clase, no por la religión. Aún así, estas no eran las personas más pobres de la India. Estas eran personas que tenían (al menos hasta ahora) trabajo en la ciudad y sus hogares para regresar. Los desempleados, las personas sin hogar y los desesperados permanecieron donde estaban, en las ciudades y en el campo, donde la angustia profunda crecía mucho antes de que ocurriera esta tragedia. Durante estos días horribles, el ministro de asuntos internos, Amit Shah, permaneció ausente de la vista pública. Cuando comenzó la caminata en Delhi, utilicé con frecuencia un pase de prensa de una revista para la que escribo para conducir a Ghazipur, en la frontera entre Delhi y Uttar Pradesh.

La escena era bíblica. O tal vez no. La Biblia no podría haber conocido números como estos. El aislamiento para forzar el distanciamiento físico había resultado en lo contrario: compresión física en una escala impensable. Esto es cierto incluso dentro

de los pueblos y ciudades de la India. Las carreteras principales pueden estar vacías, pero los pobres están hacinados en cuartos estrechos en barrios marginales y chabolas.

Todas las personas que caminaban con las que hablé estaban preocupadas por el virus. Pero era menos real, menos presente en sus vidas, que el inminente desempleo, el hambre y la violencia de la policía. De todas las personas con las que hablé ese día, incluido un grupo de sastres musulmanes que habían sobrevivido a los ataques anti-musulmanes solo unas semanas atrás, fueron las palabras de un hombre las que me preocuparon especialmente. Era un carpintero llamado Ramjeet, que planeaba caminar hasta Gorakhpur, cerca de la frontera con Nepal.

“Quizás cuando Modiji decidió hacer esto, nadie le habló de nosotros. Quizás él no sepa de nosotros”, dijo. “Nosotros” significan aproximadamente cuatrocientos sesenta millones de personas. Los gobiernos estatales en la India (como en los Estados Unidos) han mostrado más corazón y comprensión durante la crisis. Los sindicatos, los ciudadanos privados y otros colectivos están distribuyendo alimentos y raciones de emergencia. El gobierno central ha tardado en responder a sus desesperados pedidos de fondos. Resulta que el Fondo Nacional de Socorro del primer ministro no tiene efectivo disponible. En cambio, el dinero de los simpatizantes está llegando al nuevo y misterioso fondo PM-CARES. Las comidas pre-empaquetadas con la cara de Modi en ellas han comenzado a aparecer.

Además de esto, el primer ministro ha compartido sus videos de yoga nidra, en los que un Modi animado y transformado, con un cuerpo de ensueño, muestra asanas de yoga para ayudar a las personas a lidiar con el estrés del autoaislamiento. El narcisismo es profundamente preocupante. Quizás una de las asanas podría ser una asana en la que Modi solicita al primer ministro

francés que nos permita renunciar al muy problemático acuerdo de aviones de combate Rafale y usar esos 7.8 mil millones de euros para las medidas de emergencia que se necesitan desesperadamente para apoyar a millones de personas hambrientas. Seguramente los franceses lo entenderán. A medida que el bloqueo entra en su segunda semana, las cadenas de suministro se han roto, los medicamentos y los suministros esenciales se están agotando. Miles de camioneros siguen abandonados en las carreteras, con poca comida y agua. Los cultivos en pie, listos para ser cosechados, se están pudriendo lentamente.

La crisis económica está aquí. La crisis política está en curso. Los principales medios de comunicación han incorporado la historia del Covid-19 en su campaña anti-musulmana. Una organización llamada Tablighi Jamaat, que celebró una reunión en Delhi antes de que se anunciara el cierre, resultó ser un “súper propagador”. Eso se está utilizando para estigmatizar y demonizar a los musulmanes. El tono general sugiere que los musulmanes inventaron el virus y lo han propagado deliberadamente como una forma de yihad.

La crisis del coronavirus aún está por llegar. O no. No lo sabemos. Si lo hace, y puede hacerlo, podemos estar seguros de que se abordará, con todos los prejuicios prevalecientes de la religión, la casta y la clase completamente en su lugar.

Los hospitales y clínicas públicas de la India, que no pueden hacer frente a los casi un millón de niños que mueren de diarrea, desnutrición y otros problemas de salud cada año, con los cientos de miles de pacientes con tuberculosis (una cuarta parte de los casos del mundo), con una vasta anemia y con la población desnutrida vulnerable a cualquier cantidad de enfermedades menores que resulten fatales para ellos, no podrán hacer frente a una crisis como la que están enfrentando ahora

Europa y los Estados Unidos.

Toda la atención médica está más o menos en espera ya que los hospitales han sido puestos al servicio del virus. El centro de traumatología del legendario Instituto de Ciencias Médicas *All India* en Delhi está cerrado, los cientos de pacientes con cáncer, conocidos como refugiados de cáncer, viven en las carreteras fuera de ese enorme hospital, conducidos como ganado.

La gente se enfermará y morirá en casa. Puede que nunca sepamos sus historias. Puede que ni siquiera se conviertan en estadísticas. Solo podemos esperar que los estudios que dicen que al virus no le gusta el clima cálido, sea correcto (aunque otros investigadores han puesto en duda esto). Nunca un pueblo anheló tan irracionalmente y tanto por un verano indio ardiente y castigador.

¿Qué es esto que nos ha pasado? Es un virus, sí. En y por sí mismo no tiene ningún resumen moral. Pero definitivamente es más que un virus. Algunos creen que es la forma en que dios nos llega a nuestros sentidos. Otros dicen que es una conspiración china para dominar el mundo. Sea lo que sea, el coronavirus ha arrodillado al poderoso y ha detenido el mundo como nada más pudo hacerlo. Nuestras mentes todavía están corriendo de un lado a otro, anhelando un retorno a la “normalidad”, tratando de unir nuestro futuro a nuestro pasado y negándose a reconocer la ruptura. Pero la ruptura existe. Y en medio de esta terrible desesperación, nos ofrece la oportunidad de repensar la máquina del fin del mundo que hemos construido para nosotros mismos. Nada podría ser peor que volver a la normalidad.

Históricamente, las pandemias han obligado a los humanos a romper con el pasado e imaginar su mundo de nuevo. Esta no es diferente. Es un portal, una puerta de enlace entre un mundo y el siguiente. Podemos elegir atravesarla, arrastrando los cadáveres

de nuestro prejuicio y odio, nuestra avaricia, nuestros bancos de datos e ideas muertas, nuestros ríos muertos y cielos humeantes detrás de nosotros. O podemos caminar a la ligera, con poco equipaje, listos para imaginar otro mundo. Y listos para luchar por él.

9. Naufragio en el espectáculo de la catástrofe

Por Alejandra Castillo

Publicado en *Antígona Feminista*

3 de abril de 2020.

El tiempo de la cuarentena es impuesto, siete, catorce o cuarenta días. Y de nuevo, siete, catorce o cuarenta días más si es necesario. Es un tiempo que marca el inicio y el término de una reclusión. El tiempo de la cuarentena es, por ello, un afuera del tiempo. O dicho de otro modo, la cuarentena activada por mandato gubernamental es una unidad de tiempo sin temporalidad. No hay proyecto que realizar en ella, solo pequeñas tareas repetitivas, a pesar de que internet abruma con tutoriales para llenar “el tiempo”. La transgresión de la frontera doméstica no es posible, no es deseable, no es responsable.

La cuarentena parece acortar el tiempo –el futuro– al paso de los días, de las horas. No es extraño que en este “acortamiento del tiempo” proliferen las retóricas de fin de mundo e incluso aparezcan señales de otros tiempos ya olvidados –como lo es el “tiempo de la naturaleza”– irrumpiendo en las calles deshabitadas del planeta. La ausencia de tiempo es, sin embargo, hábilmente registrada por cámaras de vigilancia. Más aun, la propia cotidianidad en cuarentena ha comenzado a ser registrada en transmisiones en directo en Instagram o Facebook. Y, si eras del pequeño grupo de quienes se resistían a las plataformas virtuales, hoy no tienes opción y debes trabajar en línea utilizando Zoom. La cuarentena no hace sino amplificar un fenómeno ya advertido décadas atrás: el devenir archivo de

la vida. El tiempo de la cuarentena es un presente absoluto, así es también el tiempo del archivo.

Por otro lado, habría que decir que este tiempo quieto de la cuarentena coincide, tal vez en un recorte, con el tiempo del fin de los tiempos de la religión que con astucia se ha aliado a los sectores más conservadores de la política en el planeta. La iglesia evangélica —como la que apoya a Jair Bolsonaro y en la que él se apoya en Brasil— vive el día a día contra la falta de fe, la degeneración de los valores de la familia y la ideología de género. No hay futuro, solo el diario sonar de trompetas del fin de mundo debido a la impiedad y el pecado. He ahí el virus para el culto evangélico. Es ya un dato de la crónica de la propagación del coronavirus, su masivo contagio en iglesias y cultos religiosos. Es también un ejemplo curioso de fanatismo religioso en tiempos del Covid-19, ver a un sacerdote católico bendecir a una ciudad desde un helicóptero con el objeto de protegerla del contagio.

Y para ser justa, no habría que olvidar que junto a este tiempo quieto de fin de mundo va raudo un tiempo acelerado que es solo proyección y progreso. La aceleración del tiempo que completa ciclos evolutivos —de acumulación y de desarrollo— en pocos años. Este es el tiempo de los medios, las redes sociales y la magnificación de la catástrofe y sus miedos. Es el tiempo acelerado de la especulación financiera que antepone los intereses del capital a la defensa de la vida, como ocurre en los gobiernos de Sebastián Piñera en Chile o de Lenin Moreno en Ecuador. Es el tiempo raudo del militarismo de Donald Trump, quien prefiere actuar contra migrantes y desplegar fuerzas militares en América Latina que tomar medidas adecuadas para frenar la curva de contagios en Estados Unidos. Es el tiempo rápido del extractivismo que quema bosques nativos mientras

se decretan cuarentenas. Y, también, es el tiempo del progreso científico. Este tiempo que hace posible “hoy” lo que debería demorar años. Es el tiempo de los laboratorios que aceleradamente intentan producir una vacuna contra el coronavirus.

Así descrito el tiempo en que se cumplen cuarentenas en América Latina, bien podría decirse que la figura que comienza a comparecer es la del “naufragio con espectador”. Se sabe, con incierto saber, que viene una ola de contagios como ha ocurrido en China, Europa o Estados Unidos. Se sabe, es cierto, pero no cuándo. Se sospecha que será a fines de abril o comienzos de mayo. Se sabe, con amargo saber, que será así, que no es posible escapar de la funesta espera, que no hay mutación alguna que haga de este virus una “buena persona”. La pandemia informática, que acompaña a la pandemia del Covid-19, se encarga de recordarnos segundo a segundo el aumento del número de muertes en el mundo. Las redes sociales esparcen rumores, miedos, ansiedad, propagando la peste. Sabemos que no podemos hacer nada, salvo quedarnos inmóviles, recluirnos, si es que tenemos la fortuna de hacerlo. La cuarentena traza una línea entre quienes pueden sobrevivir y quiénes no. La cuarentena se vuelve un pequeño trozo de tierra desde la cual observamos el desastre. A pesar de estar en medio de la tormenta las olas no pueden alcanzarnos, al menos en eso confiamos. Nos volvemos espectadores del naufragio. Pero si miramos con atención tendríamos que notar quizá una variación en la metáfora del “espectador” que da lugar a la idea de un “naufragio con espectador”. En tiempos de cuarentena se hace necesario volver a repensar toda esta metafórica de la crisis, de la crítica, del juicio. Pues, sin siquiera advertirlo, ella subyace a cada intento de comentar o poner en palabras el naufragio.

Habría que recordar que esta metáfora, que puede rastrear-

se hasta la antigüedad, y que la modernidad hace suya, implica movimiento, viaje —ida y vuelta—, peligro y transgresión de fronteras. La cuarentena impide esa acción, más aún, sanciona romper el límite domiciliario. El naufragio con espectador es distancia, implica mirar de lejos y a salvo el desastre. No es del todo cierto que la cuarentena nos ponga a salvo, al menos no por ahora. La cuarentena aplaza, introduce el retardo, cierto destiempo con la expectativa de dar tiempo. La prórroga obtenida busca atender a las necesidades y urgencias del sistema hospitalario, que en muchos casos ya está al borde del colapso. La cuarentena no es un salvoconducto otorgado a los individuos, es un tiempo de administración biogubernamental de la población. Distinta a los tonos de la gestión y la administración, la metáfora del naufragio con espectador apunta entre otras cosas a la misma posibilidad de la “reflexión crítica”: retirarse, salvaguardarse de la catástrofe, para ver más claramente en el desastre, para formarse una idea de él. En suma, la metáfora del naufragio con espectador es la metáfora de una filosofía política de la historia, de un orden de temporalidad iluminista que juzga las luces y sombras de la ilustración a partir de la salvaguarda que otorga la figura del espectador.

¿Es la norma ilustrada la que rige el devenir archivo de la vida? ¿Somos todavía “espectadores”, “espectadoras”? Las preguntas deberían dar lugar a un tiempo de respuestas organizado a partir de la distancia, de la demora, de la pausa que el pensamiento reclama como cuarentena, como salvaguarda. Pero hemos visto que la misma noción de cuarentena nos obliga a interrogar la ficción de un lugar seguro, la metáfora del silo (construcción de resguardo subterránea) o de la atalaya (construcción de resguardo en altura) del pensar. De ahí que habría que advertir contra todos esos diagnósticos que buscan ilumi-

nar el desastre desde una posición de resguardo o cuarentena, que la propia posición como espectadores o espectadoras parece quedar anulada en el tiempo actual. No solamente se debe interrogar la figura del salvo que subyace a la imagen del “naufragio con espectador”. Se debe interrogar de igual modo la hiperconectividad cotidiana en las plataformas virtuales, las redes sociales y el teletrabajo, pues esa teleconectividad es síntoma de que el tiempo del naufragio es un tiempo sin trascendencia, sin un “afuera” que permita un resguardo del mar agitado, la tormenta y el desastre. En este sentido, el tiempo de la cuarentena no solo implicaría un “acortamiento del tiempo” —temporalidad propia del medioevo—, sino también un “aceleracionismo” del mismo —temporalidad propia del capitalismo telemático. Ambas temporalidades clausuran el futuro en favor del presente. Así también ocurre con la vida vuelta registro y archivo. El presente absoluto interrumpe memorias y genealogías, interrumpiendo con ello la posibilidad de otros futuros, de aberturas o perforaciones en el orden de la realidad organizadas desde la revuelta emancipadora. El presente de la emancipación es distinto al presente absoluto. La revuelta emancipadora en un complejo juego que une memorias (pasado) a la invención de lo en común (futuro). La quietud —sin calma— de las cuarentenas no da lugar a colapsos o derrumbes del orden. En la peste el capitalismo gestiona la peste, pues el capitalismo es la peste.

Quizás por ello, la metáfora que más se ajuste a nuestra situación actual sea la de un “naufragio en el espectáculo de la catástrofe”. Dejamos la distancia, la crítica y la propia figura de espectador para ser parte del espectáculo, de su catástrofe, de su escenificación anestésica. Somos la frágil y precaria embarcación que se zarandea. Dictamos clases en Zoom, realizamos teletrabajo, subimos vídeos divertidos o serios de nuestras cua-

rentenas a la red, nos volvemos archivos digitales. Quizá hasta escenifiquemos nuestra propia tragedia, poniendo en pantallas tablet el último adiós. Sin ninguna intencionalidad actualizamos la ley del archivo heterosexual reinscribiendo la división del trabajo en roles propios de una diferencia sexual naturalizada, intemporal. Así, en la soledad del aislamiento social volvemos a reproducir y reforzar viejos estereotipos del cuidado, de la protección, incluso de un materno político que se actualiza ahora en el Estado o en los domicilios. Y mientras tanto, esperamos que venga la muerte, o lo que tenga que venir. Ya se anuncia, ya lo estamos viendo en Instagram, en los muros de Facebook, en las conversaciones que establecemos por Zoom. El naufragio ya está aquí, tocando nuestras puertas, entrando por nuestros ojos, por nuestra boca, en medio de ti y en medio de mí.

10. No estábamos dispuestos a creer lo que veíamos

Fernando Savater

Publicado en *Ethic.es*

3 de abril de 2020

Comentabas el otro día que empezaba a molestarle el tono de algunos “predicadores” que parecía que hablasen como si estuviéramos ante las 10 plagas de Israel.

Sobre todo, lo que me molesta es esa manía de sacar conclusiones moralizantes. Frases como «hemos vivido equivocados», «hemos de cambiar nuestra manera de existir», «la culpa la tienen los abusos del egoísmo o la falta del respeto a la ecología». No, es una plaga y se acabó. Ha habido plagas desde que los seres humanos tienen memoria y habrá muchas más. Esta en concreto tiene una virulencia brutal, pero también tenemos mucho más medios para enfrentarnos a ella y contrarrestarla. Pero no entiendo eso de en seguida empezar a sacar conclusiones como en la Edad Media, de que es un castigo divino. No puede ser que ahora los castigos divinos se les llame castigos de la naturaleza. Me parece insoportable que los moralistas vayan repitiendo cosas como que ahora nos enteramos de lo importante que son los otros. Es como si hubiera habido que esperar 21 siglos y una plaga para darnos cuenta de que los otros son importantes.

Coincidirás en que tras esta crisis se van a producir cambios sociales importantes.

Todo lo que ocurre, desde las crisis hasta los embotellamientos de los fines de semana, siempre marca un antes y un después. En estos últimos días, con 15 o 20 días de diferencia, han muerto el padre y la madre de Miguel Ángel Blanco, el concejal asesinado por ETA. En aquel momento fue una conmoción nacional y todo el mundo dijo que habrá un antes o un después. Ahora, la mayoría de gente de menos de 30 años –40 me atrevería a decir–, no saben quién fue Miguel Ángel Blanco, qué pasó o quiénes fueron sus padres. No confío mucho en esto de los grandes cambios de la humanidad. La humanidad cambió cuando hubo la peste en Europa que sirvió a Boccaccio para escribir *El Decameron* y lo que quedó es solo eso. Después se ha vivido más o menos igual.

Decía Aristóteles en la Ética a Nicómaco que el fin del ser humano es la felicidad. ¿Alguna pistas para estos días duros y los que vienen?

El otro día leía algo muy interesante: que no se sabe si alguien ha sido o no feliz hasta el último momento. Es decir, la felicidad es siempre reversible. Tú puedes creer que eres feliz o que alguien es feliz pero nunca puedes estar seguro de la felicidad, ni de la tuya ni de la de otro mientras esté en el mundo de la vulnerabilidad que es en el que vivimos todos. Decía también Aristóteles que, por ejemplo, Príamo, el rey de Troya, parecía absolutamente feliz y era un hombre de avanzada edad. Pero todavía le quedaba la guerra, perder a su familia y perder su reino. Así que hasta el final, hasta el último momento. Como dice el refranero español, “hasta el final nadie es dichoso”. Eres dichoso a partir de la muerte porque ahí te vuelves invulnerable.

Los muertos son ya invulnerables porque todo lo tienen en el pasado. La felicidad nunca es una cosa compatible con el presente; o es el pasado, o es alguna cosa que esperamos que nos llegue en el futuro. Yo por eso prefiero hablar de alegría y no de felicidad, que me parece una palabra demasiado exagerada.

En estos días se han producido dos reacciones en la sociedad: por un lado ha habido un impulso de solidaridad y, por el otro, un sentimiento de división, odio y confrontación constante. ¿Cómo valoras estas reacciones?

Los seres humanos somos lo que somos y, como bien se dice, las plagas sacan lo peor y lo mejor de los seres humanos. Todos estos elogios de “¡Qué maravilloso país es España, qué solidario!” no tienen sentido. Si todos fuéramos muy solidarios no haría falta que la policía estuviera en la calle para que la gente se quedase en casa. Los países que precisamente confían en sus ciudadanos y no los tratan como niños pequeños son aquellos que dicen a la gente: conviene que se quede usted en casa, no se relacione con otros, sobre todo si tiene patologías previas. En los que tienes que poner multas, policía y seguridad significa que no funcionan tan bien. Hay gente que está demostrando ser muy buena persona y luego hay canallas como los separatistas. . . pero eso ya lo sabíamos de antes.

¿Crees que esta crisis va a reforzar este sentimiento nacionalista, la construcción de esos muros y fronteras que ya se estaban viendo en los últimos años?

Uno de los tópicos que se repiten, el más cierto quizá, es que los virus no respetan las fronteras. Hemos visto que todos

vivimos en una nave conjunta, que el planeta es algo que puede ocurrir ahí en Wuhan: que se desate una infección en un mercado de Wuhan, en China, y que inmediatamente nos llegue a todos. Realmente el principio del *cosmopolitismo* es la infección, la infección generalizada es lo que demuestra hasta qué punto los seres humanos somos semejantes los unos a los otros y nos matan las mismas cosas. A veces se dan muestras de egoísmo de países que no quieren compartir y lo estamos viendo en Europa. A mí, lo que más me preocupa es que Europa está dando una impresión poco solidaria. Los países están teniendo muy poco apoyo. En el caso de Holanda, por ejemplo, la solidaridad europea no funciona mucho. Eso sí es preocupante. Pero también es lógico: no va a desaparecer el egoísmo de los humanos y nos vamos a convertir en émulos de San Francisco de Asís porque haya habido un virus.

¿El sentirnos vulnerables e inseguros puede poner en entredicho la democracia liberal y entregar la libertad a un estado autoritario que se presente como solución al problema?

Hobbes basó su doctrina del Estado absoluto en el miedo. Dijo que el primer sentimiento que hace que respetemos al Estado es el miedo, porque creemos que si no viviéramos amparados por esas instituciones del Estado nuestra vida sería más breve, brutal y estremecedora. El miedo es un argumento a favor de decir: “métase debajo de mi ala que yo lo protejo”. Ahora se ha impuesto entre nosotros una metáfora de que esto es como la guerra. No, no estamos en guerra. Lo que pasa es que la apelación a la metáfora de la guerra justifica todos los maximalismos, justifica todos los atropellos a las libertades individuales, justi-

fica que no se conceda ningún valor a la decisión personal, sino que todo venga impuesto desde arriba. Que el estado sea cada vez más intrusista en nuestra vida para protegernos sería muy peligroso.

El virus nos hace estar separados, divididos, aislados, todo lo contrario a lo que es la solidaridad. Es una forma extraña de ejercer la solidaridad.

Ser solidario es hacer aquello que beneficia al otro. Si en un momento determinado lo que beneficia al otro es que te apartes para no contaminarle y mantener esa distancia social, puedes ser solidario aunque físicamente te apartes del otro. La solidaridad no es echarle encima del otro; la solidaridad es una actitud hacia los otros, es hacer las cosas que los otros necesitan. Si apartarte de los otros es la mejor manera de combatir al virus, no está mal. La solidaridad no es algo externo o folclórico, sino entender lo que necesitan los otros y dárselo.

¿Cómo podemos conciliar la respuesta de la solidaridad para con quien más sufre con la exigencia de racionalidad y transparencia en la administración pública?

Aplicar la razón siempre en las relaciones humanas y no moverse únicamente por pensar que el sentimentalismo siempre va a ser bueno. Sin embargo, estamos viendo los políticos no son los que van a acabar con la pandemia. Quienes lo va a hacer van a ser los científicos y los investigadores que encuentren remedios contra ella. Y es precisamente eso lo que hay que apoyar: hay que exigir que los políticos no se dediquen a hacer grandes declamaciones, sino que doten a los sanitarios de material para

que puedan cumplir con su misión, que verdaderamente hagan pruebas a la población para identificar quienes están contaminados y quienes no. En definitiva, esas son las cosas racionales que hay que hacer. Todo lo que sea agitar banderas o salir a los balcones a dar aplausos al universo es entretenido, pero sirve para poco.

Vivimos un tiempo de paradojas endiabladas. En los últimos años se ha hablado mucho de cómo se ha infantilizado nuestra sociedad y del gran del gran apego que hay por la positividad y, ahora, es esta misma sociedad la que se enfrenta a la enfermedad, a la muerte y al duelo colectivo.

La humanidad siempre ha tenido problemas serios. Ahora tenemos este relacionado con la sanidad, pero hemos tenido relacionados con problemas económicos, con los enfrentamientos bélicos, con la destrucción de las libertades civiles. Esto son problemas reales. El infantilismo es uno de los grandes males que está arraigado en los hombres. Recuerdo un viejo psicoanalista que conocí en su tiempo de retirada que un día llegó a la conclusión de que el gran secreto de los humanos es que no hay adultos. Verdaderamente nos hacen falta personas que puedan afrontar la seriedad de la vida desde un punto de vista adulto. Eso lo echamos de menos en las epidemias y cuando no las hay.

¿Crees, como ha dicho Yuval Noah Harari, que cuando se desató la crisis “no había ningún adulto en la habitación”?

No estábamos dispuestos a creer lo que veíamos. Ya unos

años antes de la crisis había habido un grupo de sabios epidemiólogos que habían advertido que los animales salvajes eran una fuente posible de infecciones y contagios y que, si eso continuaba, podíamos encontrarnos con un problema serio. Todos los virus han aparecido de animales salvajes. De hecho, las grandes plagas de la humanidad surgieron cuando los seres humanos estaban domesticando a los animales –que fueron creaciones nuestras: cerdos, las vacas, los perros–. A lo largo del tiempo, se ha visto que en China han surgido otras plagas de lo mismo, del contacto directo con animales. Podemos decir que no hay adultos en la habitación porque no nos acabamos de creer eso. Pero también preguntémosnos: si el Gobierno o cualquier otro Gobierno hubiera impuesto las medidas draconianas de aislamiento antes de que hubiera habido muchos casos, ¿se lo habría tolerado la gente? ¿De verdad no hubiese salido la gente a la calle diciendo que era un autoritarismo inaguantable, un abuso de poder? Las autoridades han actuado tarde y mal. Pero si hubiésemos actuado pronto y hubiesen impuesto las medidas más severas, ¿lo hubiéramos aceptado o lo hubiésemos considerado un abuso de autoridad?

¿Cómo analizas la actuación que se está haciendo desde el Gobierno de España?

Con bastante torpeza. Desde el principio han estado dando información contradictoria: primer diciendo que aquí no iba a llegar y luego diciendo que iba a ser poca cosa. Poco a poco se ocultó lo que estaba ocurriendo para celebrar partidos de fútbol, manifestaciones feministas, etc. Todo eso son errores evidentes. Ahora mismo, que se haya paralizado todo el país y que se haya cortado la producción me parece una cosa muy indiscriminada

y peligrosa. Un país arruinado no es mejor para la salud que una epidemia. No estoy nada convencido de estas medidas. Todos los maximalismos aplicados a la sociedad son malos y la metáfora de la guerra no es muy certera.

Decía José Antonio Zarzalejos en una entrevista reciente a Ethic, que esta pandemia iba a ser un golpe letal para el separatismo. ¿Compartes esta opinión?

El independentismo es más duro de exterminar que el virus. Ya quisiera yo que el independentismo tuviera una vacuna, llevamos buscándola desde el siglo XIX y seguimos sin encontrarla. El problema del separatismo es que es un cáncer, una posición radical establecida institucionalmente que ahora se despierta, sobre todo en Cataluña. Hay más vileza de la que creíamos.

11. Toda nuestra cultura tiene su origen en las pestes

Por Amelia Valcárcel

Publicado en *La Razón*

4 de abril, 2020

¿Cómo lleva usted el confinamiento?

Es un paréntesis en el tiempo. En general, produce una sensación del tiempo divergente, de otra naturaleza del anterior y del que seguirá. Por eso, la gente más mayor lo compara con la sensación que les produjo la guerra civil. Creo que se refieren a un tiempo detenido, una especie de paréntesis que se abre dentro del tiempo normal. Me ha hecho entender bien también alguna de las apreciaciones de Henri Bergson. Es un filósofo realmente extraordinario del siglo XIX y XX, aunque no sea el que esté más de moda ahora. Es oportuno en estos momentos. Parte de que la conciencia del ser humano del tiempo es laxa, no precisa, aunque hayamos aprendido a medirlo. En este sentido, se habrá dado cuenta de que estos días aparentemente vacíos se llenan continuamente, por un lado. Y, por el otro, uno tiene todo el tiempo para sí y apenas puede hacer nada con él. Toda la duración ha cambiado de onda.

¿Nos estamos apañando bien para comunicarnos?

Vivimos un tiempo de redes sociales que, en realidad, son una extensión de la telefonía, que nos acompaña desde hace mucho más tiempo. Nos lo ponen más fácil pero no difiere mucho. Lo que no puedo imaginar es cómo vivieron una situación

tan especial como esta en otros momentos de la Historia. Para entenderlo tengo que irme, por ejemplo, a la introducción del «Decamerón», cuando Bocaccio cuenta la peste de Florencia. O a Tucídides. Todo el sistema saltó por los aires. El nuestro no lo ha hecho. La situación no es tan grave, estamos viviendo una distopía que ojalá sea breve.

¿Va a cambiar algo sustancial en la sociedad?

Depende. Malthus tenía un padre que era muy progresista y confiaba mucho en la naturaleza humana. A él no le pasaba lo mismo. Cuando escribió los ensayos sobre la población afirmó que las grandes catástrofes nunca cambiaban nada. Solo hacen más acusados los rasgos de la situación anterior y a mayor velocidad.

¿Y usted qué piensa?

Volviendo al Decameron, el nacimiento de la literatura se lo debemos a la Peste Negra. Sin ella, Bocaccio no habría compilado las cien novelas que forman el «Decamerón». La gran peste sirvió precisamente para eso. Para que una gente que estaba escribiendo en latín se pusiera a hacerlo en toscano, de manera que todo el mundo lo entendiera. Y para que ciertos relatos orales se arreglaran por escrito, se construyeran de nuevo y mutaran. Así nació todo el relato del que nace nuestra cultura completa. Tiene origen en la peste. Y esto es bastante notable. Los periodos de paréntesis a veces los hemos aprovechado para grandes cosas.

¿Ha sacado alguna conclusión de cómo nos estamos

comportando?

Estamos practicando tal cantidad de virtudes que me admira. Las situaciones de confinamiento son muy duras, exigen nervios templados, programar la jornada, vencer la abulia que se pueda presentar, organizar el espacio que compartimos. La gente se está apañando de una forma admirable, incluso con puntualidad. Un minuto antes de las ocho ya abren las ventanas, esperando para aplaudir. También observo la virtud de la prudencia, al margen de lo que se pueda vocear en las redes. No ha habido escenas de acaparamiento de verdad. Como es lógico, hay miedo. Pero lo tenemos agarrado bien por el collar para que no se desate. Y lo que no sé es cómo se llama la virtud de creer que los chinos nos están diciendo la verdad. Esta es ahora importantísima.

¿no les cree usted?

Nos enfrentamos a algo que no conocemos y quien sí lo conoce no es una fuente fiable. Pero lo más peculiar es que todas las grandes pestes nos han venido por el mismo lugar, por la Ruta de la Seda. Habría que forzar a China a saber qué es lo que vende en sus mercados y qué come porque es peligroso y luego nos afecta a todos. Vivimos en un mundo global, la peste es rauda. Ya no es como antes, cuando hacían falta años para ver las consecuencias devastadoras de una mala práctica. No me puedo creer, de ninguna manera, que España tenga el triple de muertos que China.

¿Esto nos va a unir o puede polarizarnos todavía más?

Depende de cómo nos lo tomemos, de si se da o no la voz de «sálvese quien pueda». Este relativo parón de dos o tres meses puede venirnos hasta bien si se toman políticas consensuadas europeas de resistir. Estábamos desmontando demasiado lo que necesitamos que funcione.

¿En el sentido de lo público?

Todo ello. En el fondo, el que te puede sacar de esta situación es el Estado. Cuanto más lo debilites, peor. Naturalmente, un Estado transparente, abierto y democrático. Lo que no tiene sentido es que los chinos nos vengan a hacer ahora alarde de la superioridad de su modo de vida con la que están armando. Uno de los padres de esta situación es la autocracia.

¿Corremos el riesgo de caer en un proteccionismo fe- roz?

No. Las sociedades abiertas son sumamente fuertes. Nosotros somos hijos e hijas de los griegos, que son nuestros verdaderos padres. Se inventaron todo, desde cómo construir, cómo esculpir, hacer teatro, hasta cómo narrar la historia y por supuesto buena parte de nuestras formas políticas. Tenemos que creer a Esquilo, que se preguntó cómo era posible que los griegos, que eran cuatro gatos, que no estaban de acuerdo en nada y tenían gran afición a pelearse entre ellos, hubieran sido capaces de vencer al rey de Persia. Lo explica en la magnífica tragedia «Los Persas»: las democracias son invencibles.

¿No cree que estemos en una situación tan grave?

Es excepcional, pero aún no es terrible. La gripe asiática, que a mí me dio tiempo de coger en el año 57, se llevó por delante a dos millones de personas. La llamada gripe española, que en realidad es la de las trincheras de la Gran Guerra, fue catastrófica. Lo que esta tiene peor es que era perfectamente evitable.

¿Está de acuerdo en que cada generación necesita su propia crisis para consolidarse?

Creo que cada generación tiene un momento de autorreconocimiento. Para la mía, aunque yo era un poco jovencita, fue el 68. Algunas de las siguientes lo han estado buscando desesperadamente sin encontrar nada. Es mucho pedir que una generación se autorreconozca en una banda musical. Para otros fue la reunificación europea. Ahora bien, ¿esto de ahora es un verdadero desafío? No. El desafío es que no ocurra nunca más.

¿No le da miedo que se pueda quedar mucha gente atrás con la crisis que se avecina? Sobre todo las mujeres.

La libertad de las mujeres camina por un suelo que fabricamos a medida que lo andamos y que depende de cómo sean de fuertes las libertades públicas. Imagínese en Irak. Si tienes que salir al mercado, donde no sabes lo que te vas a encontrar, si harina o nada, para poder dar de comer a tu familia, ¿qué tiempo te queda para ejercer tu profesión? Tu prioridad es volver viva. Y con algo.

¿Qué deberíamos hacer?

No podemos permitir el sálvase quien pueda porque, entonces, no se salva nadie. Ni el primero que lo dice. Y si tenemos que fabricar bonos europeos, que se fabriquen. Al fin y al cabo, nos los van a comprar los chinos. La situación es inédita, pero hay que pensar en la cantidad de calamidades que hemos pasado sin pedirle a nadie que pare. Esta es la primera vez que lo hacemos. Hemos decidido parar. La salida, por lo tanto, también tiene que ser inédita.

¿Qué tal lo está haciendo el Gobierno?

A mí no me gustaría formar parte ahora de ningún Gobierno, de ningún tinte o color: debe de ser terrible. No creo que nadie en su sano juicio lo desee. Hay que apoyar y ayudar. Lo bueno de la democracia es que permite el contraste de las opiniones. No siempre decide bien, pero siempre lo hace de una manera más informada.

Usted fue una de las feministas que no quiso ir a la manifestación del 8-M por motivos ajenos al coronavirus. ¿Cree que fue un error celebrarla?

Eso es un chivo expiatorio porque ese mismo día la gente fue a no sé cuántos partidos de fútbol, iglesias, reuniones familiares, mítines y banquetes... Cuando de todo eso eliges una sola cosa, es que estás buscando un culpable. Una conducta, por otro lado, que parece habitual en las desgracias y hoy en día. Por señalar, a mí me gustaría saber desde cuándo la OMS tuvo conciencia de que esto sería un problema grave. Porque son los que tienen la obligación de saberlo y avisarlo. Pero eso lo sabremos bien cuando todo pase y podamos medir si ha sido una calamidad o

una catástrofe.

12. Combatiendo al virus y al capital

Por Fabio Seleme

Publicado en *Dar la palabra*

4 de abril de 2020

La pandemia de coronavirus cambió drásticamente nuestra forma de vivir. Y si lo hizo fue porque antes cambió la forma de morir. Muertes en soledad, rápidas, simultáneas y masivas han hecho caer en pocos días el telón de las inmanencias rutinarias de la realidad del mundo, arrojándonos a la intemperie de la contingencia absoluta. Esto no ha impedido que los “rockstars” del pensamiento global, como Zizek y Byung-Chul Han, hayan tirado las runas y apostado acerca de si el virus en el futuro debilitará o relanzará más fuerte al capitalismo.

Es obvio, sin embargo, que una molécula no tiene capacidad ni para una ni para otra cosa. Justamente porque lo irrepresentable de la enfermedad y la muerte son parte de lo real y no de la realidad que lo inviste. El procesamiento de la muerte, de la crisis de sentido y de la evidencia de lo real que ha traído la catástrofe es lo que sucederá de acá en más. La realidad volverá, pero la forma en que lo haga no la decidirá el virus sino nosotros. Nada cambiará necesariamente después de esto, pero todo puede cambiar.

Nuestra ubicación en los perímetros de la organización del mundo hace relativamente simple ver que esta pandemia, aunque se ha configurado velozmente como un riesgo invisible para todos al mismo tiempo, representa en esencia una crisis de la centralidad del mundo. La hemos visto venir. El virus comenzó y se dispersó desde los países centrales hacia los periféricos por

las respuestas sin convicción y tardías que dieron las grandes potencias al problema. El virus se irradió desde China a Europa y de Europa a Estados Unidos y luego al resto de la tierra como una “time lapse” del movimiento del corredor civilizatorio, que comenzó hace miles de años y terminó envolviendo la totalidad del globo con su progreso y desgracia en el presente.

Justamente a ellos no se les puede señalar ineficiencia. Si las respuestas no fueron inicialmente contundentes en los países centrales fue para preservar precisamente la actividad económica productiva, de consumo y financiera que es la base de sus supremacías violentas. Se rehusaron a una “parada técnica” para no frenar los flujos de mercancías y capital y aceleraron el flujo viral. Finalmente, han provocado una “parada por rotura” en la “perpetual motion” del sistema económico capitalista y un colapso en el centro de sus tramas de sentido, que tienen subsumidos todos los aspectos de nuestras vidas como individuos y nos mantiene como país subordinado.

La eficiencia biológica del virus tuvo aliento político. Por todo esto si la pandemia nos ha igualado a todos en el riesgo, no lo ha hecho en la responsabilidad ni en los recursos. Objetivar y ejecutar esta asimetría de carga entre los países centrales y las naciones periféricas afectadas es una tarea fundamental y básica al plantear la cuestión desde una perspectiva que nos permita ver nuestras opciones.

Pero ni ésta ni ninguna otra reconfiguración de la realidad futura ocurrirá de manera autónoma. Tampoco la solidaridad, que a partir del sacrificio individual del aislamiento busca preservar al conjunto de la amenaza metastásica del virus, tendrá una traducción automática en la vida social futura. Para que efectivamente la situación cooperativa actual y de contención general se operativice en una realidad distinta hay que encontrar

el modo en que los mecanismos colaborativos y comunitarios de solidaridad infectológica se vuelvan instituciones económicas y políticas. Eso exigirá además de convencimiento, sacrificios individuales de otros tipos. Económicos y políticos, por ejemplo, que permitan una distribución justa de la riqueza para garantizar el acceso a los bienes sociales a la totalidad de la población, incluidos los que en estado de “normalidad” viven a la intemperie y en riesgo permanente. Pero también culturales e ideológicos que reemplacen la hegemonía del hedonismo nihilista, que sostiene la actual jerarquía de valores y nuestras preferencias.

El capital, sin embargo, si se ha visto detenido ya está volviendo por sus fueros con sus capitanes al estilo Paolo Rocca con su lógica maquina de acumulación y su extorsión a la sociedad, más allá de lo que opine cualquier sanitarista. La realidad previa a esta crisis no se retirará mansamente por una microscópica partícula que coloniza las células de otros organismos para reproducirse, aunque los muertos se cuenten por cientos de miles. El mejor ejemplo de esto son las declaraciones de Dan Patrick, vicegobernador de Texas, quien declaró que había que “sacrificar vidas para salvar la economía”. Esta expresión sintetiza toda una serie de declaraciones de líderes mundiales y empresariales tendientes a recobrar la normalidad de las actividades productivas y comerciales pagando el precio que haya que pagar y asumiendo una suerte de darwinismo social extremo. Lo ilustrativo de estas declaraciones de Dan Patrick es que muestran brutalmente de qué se trata en el fondo y en esencia un proyecto político profundo como el capitalismo. Se trata de un discurso que en última instancia da representación simbólica e inviste de sentido a la muerte.

Para contestar y derrotar a ese proyecto no bastará esgrimir liberalismos sacralizadores de derechos individuales, no alcan-

zará con ínfimas regulaciones socialdemócratas o apelaciones románticas a la solidaridad de los ricos. Para que esto cambie y podamos superar la crisis sanitaria como transición a una mejor sociedad son necesarias reformas cabales para articular otro proyecto político. Uno que subordine el capital a fines humanos, organizando a la comunidad en una discursividad que dé un significado a la vida, diferente al del mercado y por lo tanto dé un sentido distinto también a la muerte.

13. Cuando la naturaleza jaquea la orgullosa modernidad

Por Enrique Dussel

Publicado en *La Jornada*

4 de Abril de 2020

Estamos experimentando un evento de significación histórica mundial del que posiblemente no midamos su abismal sentido como signo del final de una época de larga duración, y comienzo de otra nueva edad que hemos denominado la Transmodernidad. El virus que ataca hoy a la humanidad, por primera vez en su milenario desarrollo –en un momento en el que puede tenerse conciencia plena de la simultaneidad (en tiempo real) verificada por los nuevos medios electrónicos– nos da qué pensar en el silencio y aislamiento autoimpuesto de cada ser humano ante un peligro que muestra la vulnerabilidad de un castillo de naipes que vivimos cotidianamente como si tuviera la consistencia de una estructura invulnerable.

El hecho ha producido un sinnúmero de reacciones de colegas filósofos y científicos porque llama profundamente la atención. Queremos agregar un grano de arena a la reflexión sobre el sobrecogedor acontecimiento.

Allá por 1492, Cristobal Colón, un miembro de la Europa latino-germánica, descubre el Atlántico, conquista Amerindia y nace así la última Edad del Antropoceno: la Modernidad, produciendo además una revolución científica y tecnológica, que dejó atrás a todas las civilizaciones del pasado, catalogadas como atrasadas, subdesarrolladas y artesanales. Lo denominaremos el Sur global; y esto hace sólo 500 años.

El yo europeo produjo una revolución científica en el siglo XVII, una revolución tecnológica en el XVIII, habiendo desde el siglo XVI inaugurado un sistema capitalista con una ideología moderna eurocéntrica, colonial (porque esa Europa era el centro del sistema-mundo gracias a la violencia conquistadora de sus ejércitos que justificaban su derecho de dominio sobre otros pueblos), patriarcal, y, como culminación, el europeo se situó como explotador sin límite de la naturaleza.

Sin embargo, los valores positivos inigualables de la Modernidad, que nadie puede negar, se encuentran corrompidos y negados por una sistemática ceguera de los *efectos negativos* de sus descubrimientos y sus continuas intervenciones en la naturaleza. Esto se debe, en parte, al desprecio por el valor *cualitativo* de la naturaleza, en especial por su nota constitutiva suprema: el ser una “cosa viva”, orgánica, no meramente maquina; no es sólo una cosa extensa, cuantificable.

Hoy, la *madre* naturaleza (ahora como metáfora adecuada y cierta) se ha rebelado; ha jaqueado a su hija, la humanidad, por medio de un insignificante componente de la naturaleza (naturaleza de la cual es parte también el ser humano, y comparte la realidad con el virus). Pone en cuestión a la modernidad, y lo hace a través de un organismo (el virus) inmensamente más pequeño que una bacteria o una célula, e infinitamente más simple que el ser humano que tiene miles de millones de células con complejísticas y diferenciadas funciones. Es la naturaleza la que hoy nos interpela: ¡O me respetas o te aniquilo! Se manifiesta como un signo del final de la modernidad y como anuncio de una nueva Edad del mundo, posterior a esta civilización soberbia moderna que se ha tornado suicida. Como clamaba Walter Benjamin, había que aplicar el freno y no el acelerador necrofílico en dirección al abismo.

La naturaleza no es un mero *objeto* de conocimiento, sino que es el Todo (la Totalidad) dentro del cual existimos como seres humanos: somos fruto de la *evolución de la vida* de la naturaleza que se sitúa como nuestro origen y nos porta como su gloria, posibilitándonos como un efecto interno y, por ello, no metafóricamente, la ética se funda en el primer principio absoluto y universal: ¡el de afirmar la Vida en general, y la vida humana como su gloria!, porque es condición de posibilidad absoluta y universal de todo el resto; de la civilización, de la existencia cotidiana, de la felicidad, de la ciencia, de la tecnología y hasta de la religión. Mal podría operar alguna acción o institución si la humanidad hubiera *muerto*.

Se trata entonces de interpretar la presente epidemia como si fuera un bumerán que la modernidad lanzó contra la naturaleza (ya que es el efecto no intencional de mutaciones de gérmenes patógenos que la misma ciencia médica e industrial farmacológica ha originado), y que regresa contra ella en la forma de un virus de los laboratorios o de la tecnología terapéutica. La interpretación intentada indica que el hecho mundial, *nunca experimentado antes* y de manera tan globalizada que estamos viviendo, es algo más que la generalización política del estado de excepción (como lo propone G. Agamben), la necesaria superación del capitalismo (en la posición de S. Zizek), la exigencia de mostrar el fracaso del neoliberalismo (del Estado mínimo, que deja en manos del mercado y el capital privado la salud del pueblo), o de tantas otras muy interesante propuestas.

Creemos que estamos *viviendo por primera vez en la historia* del cosmos, de la humanidad, los signos del agotamiento de la modernidad como última etapa del Antropoceno, y que permite vislumbrar una nueva *edad de mundo*, la Transmodernidad, en la que la humanidad deberá aprender, a partir de los errores de

la modernidad, a entrar en una nueva edad del mundo donde, partiendo de la experiencia de la necro-cultura de los últimos cinco siglos, debamos ante todo *afirmar la Vida* por sobre el capital, por sobre el colonialismo, por sobre el patriarcalismo y por sobre muchas otras limitaciones que destruyen las condiciones universales de la reproducción de esa vida en la Tierra. Esto debiera ser logrado pacientemente en el largo plazo del siglo XXI que sólo estamos comenzando. En el silencio de nuestro retiro exigido por los gobiernos para no contagiarnos de ese signo apocalíptico... tomemos un tiempo en pensar sobre el destino de la humanidad en el futuro.

14. ¡Es el capitalismo, estúpido!

Por Maurizio Lazzarato

Publicada en *Lobo Suelto*

8 abril 2020

El capitalismo nunca salió de la crisis de 2007–2008. El virus se injerta en la ilusión de los capitalistas, banqueros y políticos de lograr que todo vuelva a ser como antes, declarando una huelga general, social y planetaria que los movimientos de protesta no pudieron producir. El bloqueo total de su funcionamiento muestra que en ausencia de movimientos revolucionarios, el capitalismo puede implosionar y su putrefacción comienza a infectar a todo el mundo (pero de acuerdo con estrictas diferencias de clase). Esto no significa el fin del capitalismo, sino sólo su larga y agotadora agonía que puede ser dolorosa y feroz. En cualquier caso, estaba claro que este capitalismo triunfante no podía continuar, ya Marx, en el Manifiesto, nos lo había advertido. No sólo contempló la posibilidad de la victoria de una clase sobre la otra, sino también su implosión mutua y su larga decadencia.

La crisis del capitalismo comenzó mucho antes de 2008, con la convertibilidad del dólar en oro, y se intensifica de manera decisiva desde finales de los setenta. Una crisis que se ha convertido en su forma de reproducirse y de gobernar, pero que inevitablemente conduce a “guerras”, catástrofes, crisis de todo tipo, y, si se da el caso y hay fuerzas subjetivas organizadas, eventualmente, en rupturas revolucionarias.

Samir Amin, un marxista que mira al capitalismo desde el sur del mundo, lo llama “larga crisis”. (1978 – 1991) que ocu-

rre exactamente un siglo después de otra “larga crisis” (1873 – 1890). Siguiendo los rastros dejados por este viejo comunista, podremos captar las similitudes y diferencias entre estas dos crisis y las alternativas políticas radicales que abre la circulación del virus, al hacer vana la circulación del dinero.

La primera larga crisis

El capital ha respondido a la primera larga crisis, que no es sólo económica porque viene después de un siglo de luchas socialistas que culminaron en la Comuna de París “capital del siglo XIX” (1871), con una triple estrategia: concentración/centralización de la producción y del poder (monopolios), ampliación de la globalización, y una financiarización que impone su hegemonía a la producción industrial.

El capital se convirtió en monopolio, haciendo del mercado un apéndice propio. Mientras los economistas burgueses celebran el “equilibrio general” que determinaría el juego de la oferta y la demanda, los monopolios avanzan gracias a los espantosos desequilibrios, las guerras de conquista, las guerras entre imperialismos, la devastación de los humanos y no humanos, la explotación, el robo. La globalización significa una colonización que ahora subyuga al planeta entero, generalizando la esclavitud y el trabajo esclavo, para cuya apropiación se enfrentan los imperialismos nacionales armados hasta los dientes.

La financiarización produce un enorme ingreso del que se aprovechan los dos mayores imperios coloniales de la época, Inglaterra y Francia. Este capitalismo, que marca una profunda ruptura con el de la revolución industrial, será objeto de los análisis de Hilferding, Rosa Luxemburgo, Hobson. Lenin es ciertamente el político que captó mejor y en tiempo real el cam-

bio en la naturaleza del capitalismo, y con un timing todavía insuperable elaboró, con los bolcheviques, una estrategia adaptada a la profundización de la lucha de clases que implicaba la centralización, la globalización, la financiarización.

La socialización del capital, a una escala y a una velocidad hasta ahora desconocidas, haría que los beneficios y las rentas florecieran de nuevo, provocando una polarización de los ingresos y los patrimonios, una superexplotación de los pueblos colonizados y una exacerbación de la competencia entre los imperialismos nacionales. Este corto y eufórico período, entre 1890 y 1914, la “Belle époque”, desembocó en su contrario: la Primera Guerra Mundial, la revolución soviética, las guerras civiles europeas, el fascismo, el nazismo, la Segunda Guerra Mundial, el inicio de los procesos revolucionarios y anticoloniales en Asia (China, Indochina), Hiroshima y Nagasaki.

La “belle époque” inauguró la era de las guerras y las revoluciones. Estas últimas se sucederían a lo largo de todo el siglo XX, pero sólo en el sur del mundo, en países con un gran “retraso” en el desarrollo y la tecnología, sin clases trabajadoras, pero con muchos campesinos. Nunca en la historia de la humanidad se ha conocido tal frecuencia de rupturas políticas, todas ellas, como dijo Gramsci sobre la soviética, “contra el Capital” (de Marx).

La segunda larga crisis

Comenzó ya a principios de los años 70, cuando la potencia imperialista dominante, liberando al dólar de las garras de la economía real, reconoció la necesidad de cambiar de estrategia rompiendo el compromiso fordista.

Durante la segunda larga crisis (1978 – 1991) las tasas de

crecimiento de los beneficios y las inversiones se redujeron a la mitad en comparación con el período de posguerra y nunca volverían a esos niveles. También en este caso, la crisis no es sólo económica, sino que interviene después de un poderoso ciclo de luchas en Occidente y una serie de revoluciones socialistas y de liberaciones nacionales en las periferias. El capital responde a la caída del beneficio y a una primera posibilidad de la “revolución mundial”, retomando la estrategia de un siglo antes, pero con una mayor concentración del mando en la producción, una globalización aún más fuerte y una financiarización capaz de garantizar una enorme renta a los monopolios y oligopolios. La reanudación de esta triple estrategia es un salto cualitativo en comparación con la de hace un siglo. Lenin creía que los monopolios de su época constituían la “última etapa” del capital. Por el contrario, entre 1978 y 1991, se desarrolló una nueva y más agresiva tipología de lo que Samir llamó “oligopolios generalizados”[2] porque ahora controlan todo el sistema productivo, los mercados financieros y la cadena de valor. La celebración del mercado en el mismo momento en que se afirman los monopolios también caracterizará la recuperación de la iniciativa capitalista contemporánea (Foucault participará en estos esplendores, infectando a generaciones de izquierdistas académicos).

Después de la segunda “belle époque” marcada por el lema de Clinton “Es la economía, estúpido”, el fin de la historia, el triunfo del capitalismo y la democracia sobre el totalitarismo comunista, y otras amenidades similares, como hace un siglo (y de una manera diferente) se abre la era de las guerras y las revoluciones. Guerras seguras, revoluciones sólo (remotamente) posibles.

El tríptico de la concentración, la globalización y la financiarización está en el origen de todas las guerras y catástrofes

económicas, financieras, sanitarias, ecológicas que hemos conocido y que conoceremos. ¡Pero procedamos con orden! ¿Cómo funciona la fábrica del anunciado desastre?

La agricultura industrial, una de las principales causas de la explosión del virus, ofrece un modelo del funcionamiento de la nueva centralización del capital por los “oligopolios generalizados”. A través de las semillas, los productos químicos y el crédito, los oligopolios controlan la producción en las fases iniciales, mientras que en las fases posteriores, la eliminación de la productos podridos y la fijación de los precios no está determinada por el mercado sino por la gran distribución que los fija de forma arbitraria, privando de alimentos a los pequeños agricultores independientes.

El control capitalista sobre la reproducción de la “naturaleza”, la deforestación y la agricultura industrial e intensiva altera profundamente la relación entre lo humano y lo no humano de la que han surgido durante años nuevos tipos de virus. La alteración de los ecosistemas por las industrias que se supone que nos alimentan está ciertamente en la raíz de los ciclos ya establecidos de los nuevos virus.

El monopolio de la agricultura es estratégico para el capital y mortal para la humanidad y el planeta. Dejo la palabra a Rob Wallace, autor de “Big Farms Make Big Flu”, para quien el aumento de la incidencia de los virus está estrechamente vinculado al modelo industrial de la agricultura (y en particular de la producción ganadera) y a los beneficios de las multinacionales.

“El planeta Tierra se ha convertido ahora en la Granja del Planeta, tanto por la biomasa como por la porción de tierra utilizada (...) La casi totalidad del proyecto neoliberal se basa en el apoyo a los intentos de las empresas de los países más industrializados de expropiar la tierra y los recursos de los paí-

ses más débiles. Como resultado, se están liberando muchos de estos nuevos patógenos que antes y durante largo tiempo se mantenían bajo control por los ecosistemas de los bosques, amenazando al mundo entero (. . .) La cría de monocultivos genéticos de animales domésticos elimina cualquier tipo de barrera inmunológica capaz de frenar la transmisión. Las grandes densidades de población facilitan una mayor tasa de transmisión. Las condiciones de tal hacinamiento debilitan la respuesta inmunológica [colectiva]. Los altos volúmenes de producción, un aspecto recurrente de cualquier producción industrial, proporcionan un suministro continuo y renovado de los susceptibles de ser contagiados, la gasolina para la evolución de la virulencia. En otras palabras, la agroindustria está tan centrada en los beneficios que considera que vale la pena correr el riesgo de ser afectada por un virus que podría matar a mil millones de personas”.

Financiarización

La Financiarización funciona como una “bomba de dinero” operando una extracción (renta) sobre las actividades productivas y sobre todas las formas de ingreso y riqueza en cantidades inimaginables también para la financiarización a fines de los siglos XIX y XX. El Estado desempeña un papel central en este proceso, transformando los flujos de salarios e ingresos en flujos de renta. Los gastos del Estado de bienestar (especialmente los gastos sanitarios), los salarios y las pensiones están ahora indexados al equilibrio financiero, es decir, al nivel de ingresos deseado por los oligopolios. Para garantizarlo, los salarios, las pensiones, el Estado de bienestar se ven obligados a adaptarse, siempre a la baja, a las necesidades de los “mercados” (el

mercado nunca ha estado desregulado, nunca ha sido capaz de autorregularse, en la posguerra fue regulado por el Estado, en los últimos 50 años por los monopolios). Los miles de millones ahorrados en gastos sociales se ponen a disposición de las empresas que no desarrollan el empleo, el crecimiento o la productividad, sino las rentas.

La extracción se ejerce de manera privilegiada sobre la deuda pública y privada que son fuentes de una apropiación codiciosa, pero también caldo de cultivo de la crisis cuando se acumulan de manera delirante como después de 2008, favorecidas por las políticas de los bancos centrales (¡está explotando la burbuja de la deuda de las empresas que han utilizado la quantitative easing para endeudarse a coste cero para especular en la bolsa!) Los seguros y los fondos de pensiones son buitres que empujan continuamente a toda el estado del bienestar hacia la privatización por las mismas razones.

La crisis sanitaria

Este mecanismo de captación de rentas ha puesto de rodillas al sistema de salud y ha debilitado su capacidad para hacer frente a las emergencias sanitarias.

No sólo se trata de los recortes en los gastos de atención sanitaria cifrados en miles de millones de dólares (37 en los últimos diez años en Italia), la no contratación de médicos y personal sanitario, el cierre continuo de hospitales y la concentración de las actividades restantes para aumentar la productividad, sino sobre todo el criminal “cero camas, cero stock” del New Public Management. La idea es organizar el hospital según la lógica de los flujos “just in time” de la industria: ninguna cama debe quedar desocupada porque constituye una pérdida económica.

Aplicar esta gestión a los bienes (¡sin mencionar a los trabajadores!) fue problemático, pero extenderla a los enfermos es una locura. El stock cero también se refiere a los equipos médicos (las industrias están en la misma situación, por lo que no tienen respiradores disponibles en stock y tienen que producirlos), medicinas, mascarillas, etc. Todo tiene que estar “just in time”.

El plan antipandémico (dispositivo biopolítico por excelencia) construido por el Estado francés que preveía reservas de máscaras, respiradores, medicamentos, protocolos de intervención, etc., gestionados por una institución específica (Eprus), tras la circulación de los virus H5N1 en 1997 y 2005, SARS en 2003, H1N1 en 2009, ha sido, desde 2012, desmantelado por la lógica contable que se ha establecido en la Administración Pública obsesionada con una tarea típicamente capitalista: para optimizar siempre y en todo caso el dinero (público) para el que cada stock es una inmovilización inútil, adoptando otro reflejo típicamente capitalista: actuar a corto plazo. Por lo tanto, el Estado francés, perfectamente alineado con la empresa, carente de todo principio de “protección de la población”, se encuentra totalmente desprevenido ante la actual emergencia sanitaria “imprevisible”.

Basta con cualquier contratiempo para que el sistema de salud salte por los aires, produciendo costos en vidas humanas, pero también costos económicos mucho más altos que los miles de millones que han logrado acaparar sobre el sufrimiento de la población (para tranquilidad de Weber, el capitalismo no es un proceso de racionalización, sino exactamente lo contrario).

Sin embargo, es el monopolio de los medicamentos el que quizás representa la injusticia más insoportable.

Con la financiarización, muchos oligopolios farmacéuticos han cerrado sus unidades de investigación y se limitan a com-

prar patentes a start-up para tener el monopolio de la innovación. Gracias al control monopolístico, ofrecen a continuación medicamentos a precios exorbitantes, reduciendo el acceso a los enfermos. El tratamiento de la hepatitis C hizo que la empresa que había comprado la patente (que costó 11.000 millones) recuperara 35.000 millones en muy poco tiempo, obteniendo enormes beneficios sobre la salud de los enfermos (sin la habitual justificación de los costes de la investigación, es pura y simple especulación financiera). Gilead, el propietario de la patente, es también el que tiene la droga más prometedora contra el Covid-19. Si no se expropia a estos chacales, si no se destruyen los oligopolios de las grandes farmacéuticas, cualquier política de salud pública es imposible.

Los sectores de la “salud” no se rigen por la lógica biopolítica de “cuidar a la población” ni por la igualmente genérica “necropolítica”. Son comandados por precisos, meticulosos, omnipresentes, racionales en su locura, violentos en su ejecución, dispositivos de producción de beneficios y rentas.[3]

La gobernanza no tiene ningún principio interno que determine su orientación, porque lo que debe gobernar es el tríptico de la concentración, la globalización, la financiarización y sus consecuencias no sobre la población, sino sobre las clases. Los capitalistas razonan en términos de clases y no de población e incluso el Estado que gestionó los llamados dispositivos biopolíticos, ahora decide abiertamente sobre estas bases porque ha estado literalmente en manos de los “agentes del poder” del capital durante al menos cincuenta años.

Es la lucha de clases del capital, la única, por el momento, que la dirige de manera consistente y sin vacilación, la que guía todas las elecciones como lo demuestran descaradamente las medidas antiviral.

Todas las decisiones y la financiación adoptadas por Macron son para empresas en perfecta continuidad con las políticas del Estado francés desde 1983. Después de haber vencido en las luchas del personal hospitalario (incluidos los médicos) que denunciaron el deterioro del sistema de salud a lo largo del año que acaba de terminar, concedió, una vez que estalló la pandemia, 2.000 miserables millones para los hospitales. En cambio, por “presión” de la patronal, suspendió los derechos de los trabajadores que regulan su horario de trabajo (ahora pueden trabajar hasta 60 horas semanales) y sus vacaciones (la patronal puede decidir transformar los días perdidos por el virus en días de descanso), sin indicar cuándo terminará esta legislación especial del trabajo.

El problema no es la población, sino cómo salvar la economía, la vida del capital.

¡No hay ningún reembolso al Estado del bienestar en el horizonte! Macron ha encargado al “Banco de Depósitos y Préstamos” un estudio para la reorganización del sector de la salud que fomenta aún más el uso del sector privado.

El parón productivo en Italia ha sido durante mucho tiempo una farsa (como lo es en Francia en la actualidad), porque la Confederación General de la Industria italiana se ha opuesto al cierre de las unidades de producción. Millones de trabajadores se desplazaban diariamente, concentrados en los transportes públicos, fábricas y oficinas, mientras que los corredores eran acusados de ser irresponsables y se prohibía la reunión de más de dos personas. Fueron las huelgas salvajes las que impulsaron el cierre “total”, a la cual los empresarios siguen oponiéndose.

La declaración del estado de emergencia por parte de Trump convirtió la pandemia en una oportunidad colosal para transferir fondos públicos a empresas privadas. De acuerdo con lo que se

sabe, el estado de emergencia sanitaria permitirá:

- A Walmart llevar a cabo pruebas de contagio a través del drive-thru en los 4.769 estacionamientos de sus tiendas.

- A Google que ponga a trabajar a 1700 ingenieros para crear una web para determinar si la gente necesita pruebas —en primer lugar en el área de la bahía de San Francisco y no en todo el país.

- A Becton Dickinson vender dispositivos médicos.

- A Quest Diagnostics procesar las pruebas de laboratorio.

- Al gigante farmacéutico suizo Roche, autorizado por la Administración de Alimentos y Medicamentos de los Estados Unidos, a utilizar sus sistemas de diagnóstico

- A Significa Salud, Lab Corp, CVS, Grupo LHC, a proporcionar pruebas y servicios de salud en el hogar

- A Thermo Fisher, una empresa privada, a colaborar con el gobierno para proporcionar las pruebas

Las acciones de estas compañías ya están por las nubes.

Después de que Trump dismantelara el Consejo de Seguridad Nacional para las Pandemias en 2018 (¡gasto inútil!) con una sincronización perfecta, la “respuesta innovadora” del gobierno, como dijo Deborah Birx, supervisora de la respuesta al coronavirus de la Casa Blanca, está ahora “completamente enfocada en desencadenar el poder del sector privado”.

El absurdo asesino de este sistema se revela no sólo cuando los ingresos se acumulan como “asignación óptima de recursos” en manos de unos pocos, sino también cuando los recursos, al no encontrar oportunidades de inversión, o permanecen en el circuito financiero o seguros en los paraísos fiscales, mientras que los médicos y enfermeras carecen de máscaras, hisopos, camas, material, personal.

Han bombeado todo el dinero que podían y este dinero, en

las condiciones del capitalismo actual, sólo es estéril e impotente, papel de desecho porque no logra ser transformado en dinero-capital. Incluso los llamados “mercados” se están dando cuenta de esto y cuestionándose sobre ello cada vez más aunque no saben qué hacer. La financiación e intervención de los bancos centrales corre el riesgo de fracasar, porque ya no se trata de salvar a los bancos, sino de salvar a las empresas. Los miles de millones inyectados con la quantitative easing han terminado por financiar la especulación de los bancos, pero también de las empresas, los oligopolios y a inflar la deuda privada que ha superado a la deuda pública durante años. Las finanzas están más devastadas que después de 2008. Pero esta vez, a diferencia de 2008, la economía real se está deteniendo (tanto del lado de la oferta como del de la demanda) y no las transacciones entre bancos. Nos arriesgamos a ser testigos de una nueva versión de la crisis del 29 que podría arrastrar tras de sí una nueva versión de lo que ocurrió después.

¿Un nuevo plan Marshall?

El dinero funciona, es poderoso si hay una máquina política que lo utiliza y esta máquina está hecha de relaciones de poder entre clases. Estas relaciones son las que tienen que cambiar porque son las que están en el origen del desastre. Seguir inyectando dinero, queriendo mantenerlas inalteradas, sólo reproduce las causas de la crisis, agravándolas con la constitución de burbujas especulativas cada vez más amenazantes. Es por esta razón que la máquina política capitalista está funcionando en círculos viciosos, causando un daño que corre el riesgo de ser irreparable.

Las políticas keynesianas no sólo eran una suma de dine-

ro para ser insertada en la economía de manera anti-cíclica, sino que implicaban, para funcionar, un cambio político radical comparado con el capitalismo de hegemonía financiera del siglo pasado: el control férreo de las finanzas (y de los movimientos de capital que, ahora, se están retirando rápidamente, a causa del virus, de los países en desarrollo) porque si se deja libre para ampliar y extender el poder de los accionistas e inversores financieros que comparten los rendimientos, sólo se repetirán los desastres de las guerras, las guerras civiles y las crisis económicas de principios del siglo XX. El compromiso fordista preveía un papel central para las instituciones del “trabajo” integradas con la lógica de la productividad, un control del Estado sobre las políticas fiscales que gravaban el capital y el patrimonio para reducir las diferencias de ingresos y riqueza impuestas por la rentabilidad financiera, etc. Nada que se parezca ni remotamente a estas políticas está detrás de los miles de millones que los bancos centrales destinan a la economía y que sólo sirven para evitar el colapso del sistema y retrasar el conflicto. No hay ninguna diferencia si en lugar de en la “quantitative easing” se invierten miles de millones en la economía verde y ni siquiera si se establece un sustituto de la renta universal (que, mientras tanto, si nos la otorgan, la tomamos para financiar las luchas contra esta máquina de la muerte).

Keynes, que conocía bien a estos pícaros, dijo que para “garantizar el beneficio están dispuestos a apagar el sol y las estrellas”. Esta lógica no se ve afectada de ninguna manera por las intervenciones de los bancos centrales, sino confirmada. ¡Sólo podemos esperar lo peor!

Basta con llevar esta lógica un poco más lejos (pero muy poco, se lo aseguro) y conoceremos nuevas formas de genocidio que los diferentes “intelectuales” del poder no sabrán cómo

explicarse (“el mal oscuro”, el “sueño de la razón”, la “banalidad del mal”, etc.).

Las guerras contra los “vivientes”

El confinamiento que estamos experimentando se parece mucho a una ensayo general de la próxima, futura crisis “ecológica” (o atómica, como usted prefiera). Encerrados en el interior para defendernos de un “enemigo invisible” bajo la capucha de plomo organizada por los responsables de la situación creada.

El capitalismo contemporáneo generaliza la guerra contra los vivientes, pero lo hace desde el principio de su historia porque son objeto de su explotación y para explotarlos debe someterlos. La vida de los humanos, como todo el mundo puede ver, debe someterse a la lógica contable que organiza la salud pública y decide quién vive y quién muere. La vida de los no humanos está en las mismas condiciones porque la acumulación de capital es infinita y si lo viviente, con su finitud, constituye un límite a su expansión, el capital se enfrenta a él como todos los demás límites que encuentra, superándolos. Esta superación implica necesariamente la extinción de todas las especies.

Tanto las especies humanas como las no humanas son atractivas sólo como oportunidades de inversión y sólo como fuente de beneficios.

A los oligopolios les importa un bledo (¡tenemos que decirlo como ellos lo sienten!) todas las conferencias sobre el cambio climático, la ecología, Gaia, el clima, el planeta. El mundo sólo existe a corto plazo, el tiempo para hacer que el capital invertido dé frutos. Cualquier otra concepción del tiempo es completamente ajena a ellos.

Lo que les preocupa es la relativa “escasez” de los recursos

naturales que aún estaban ampliamente disponibles hace cincuenta años. Les preocupa el acceso exclusivo a estos recursos que necesitan para asegurar la continuidad de su producción y consumo, que constituyen un desperdicio absoluto de estos mismos recursos. Son perfectamente conscientes de que no hay recursos para todos y de que el desequilibrio demográfico aumentará (ya hoy en día el 15 % de la población mundial vive en el Norte y el 85 % en el Sur).

Lejos de cualquier preocupación ecológica, dispuestos a cortar hasta el último árbol del Amazonas, conscientes de que sólo una militarización del planeta puede garantizarles el acceso exclusivo a los recursos naturales. No solamente están gestándose otros enormes desastres naturales, sino también guerras “ecológicas” (por el agua, la tierra, etc.).

Dispuestos, como siempre, a regular sus conflictos con el Sur a través de las armas, las usan y las usarán sin dudar para tomar todo lo que necesiten, al igual que ocurrió con las colonias. África con sus recursos es fundamental, los africanos que viven allí mucho menos.

Pero continuemos con el análisis del próximo desastre, seguramente ya en marcha, siempre tras la pista de Samir Amin.

Al parecer, la globalización ya no opone los países industrializados a los países “subdesarrollados”. Por el contrario, se produce una deslocalización de la producción industrial en estos últimos, que funcionan como subcontratación de los monopolios sin ninguna autonomía posible porque su existencia depende de los movimientos de capital extranjero (excepto en China). Pero la polarización centro / periferia que da a la expansión capitalista su carácter imperialista, continúa y se profundiza. Se reproduce dentro de los países emergentes: una parte de la población trabaja en empresas y en la economía deslocalizada, mientras

que la parte más importante cae no en la pobreza, sino en la miseria.

La financiarización impone una “acumulación original” acelerada en estos países. Tienen que industrializarse, “modernizarse”, llevando a cabo en unos pocos años a lo que los países del norte han logrado a lo largo de los siglos. La acumulación original trastorna la vida de los humanos y no humanos de una manera absurdamente acelerada y altera sus relaciones, creando las condiciones para la aparición de monstruos de todo tipo.

La novedad de la globalización contemporánea es que este centro de distribución / periferia, se instala también en el interior de los países del Norte: islas de trabajo estable, asalariado, reconocido, garantizado por derechos y códigos legales (en proceso, sin embargo, de disminución continua) rodeado de océanos de trabajo no remunerado o barato, sin derechos y sin protección social (precarios, mujeres, migrantes). La máquina “centro/periferia” no ha desaparecido. No sólo ha adoptado una forma neocolonial, sino que también ha pasado a formar parte de las economías digitales occidentales. Analizar la organización del trabajo a partir del General Intellect, del trabajo cognitivo, neuronal y así sucesivamente, es asumir un punto de vista eurocéntrico, uno de los peores defectos del marxismo occidental que continúa, impertérrito, reproduciéndose.

Los países de los suburbios no sólo están controlados y comandados por las finanzas, sino también por el monopolio de la tecnología y la ciencia estrictamente en manos de los oligopolios (la ley también ha puesto a su disposición el arma de la “propiedad intelectual”). Cualquiera que sea el poder de la tecnología y la ciencia, estos son dispositivos que funcionan dentro de una máquina política. El capitalismo que estamos sufriendo es, para ponerlo en una fórmula, un capitalismo del siglo XIX

de alta tecnología, con un fondo de darwinismo social, ¡sin las heroicas luchas de clases de la época! Más que un “capitalismo digital, capitalismo del conocimiento, etc.”. No son la ciencia y la tecnología las que determinan la naturaleza de la máquina de beneficios, ¡sólo facilitan la producción y reproducción de las diferencias de clase!

¡Guerras seguras! ¿y las revoluciones?

La segunda larga crisis, como la primera, abre una nueva era de guerras y revoluciones.

La guerra ha cambiado su naturaleza. Ya no se desata entre los imperialismos nacionales como en la primera parte del siglo XX. Lo que surge de la larga crisis no es el Imperio de Negri y Hardt, una hipótesis ampliamente desmentida por los hechos, sino una nueva forma de imperialismo que Samir Amin llama “imperialismo colectivo”. Constituido por la tríada de Estados Unidos, Europa y Japón y dirigido por el primero, el nuevo imperialismo gestiona conflictos internos para la división de las rentas y lleva a cabo implacables guerras sociales contra las clases subalternas del Norte para despojarlas de todo lo que se vio obligado a ceder durante el siglo XX, mientras que en cambio organiza verdaderas guerras contra el sur del mundo por el control exclusivo de los recursos naturales, las materias primas, la mano de obra libre o barata, o simplemente para imponer su control y un apartheid generalizado.

Los Estados que no hagan los ajustes estructurales necesarios para ser saqueados serán estrangulados por los mercados y la deuda o declarados “cañallas” por caballeros como los presidentes estadounidenses que tienen un número espantoso de muertes sobre su conciencia.

Los neoliberales estadounidenses y británicos, al principio de la epidemia, trataron de llevar la guerra social contra las clases subalternas aún más lejos, transformándola, gracias al virus, en la eliminación malthusiana de los más débiles. La respuesta liberal a la pandemia, incluso antes de Boris Johnson, había sido lúcidamente articulada por Rick Santelli, analista de la emisora económica CNBC: “inocular a toda la población con el patógeno. Sólo aceleraría un curso inevitable, pero los mercados se estabilizarían”.

Esto es lo que realmente piensan. Con condiciones más favorables no dudarían ni un momento en poner en marcha la “inmunidad de rebaño”.

Estos caballeros, impulsados por los intereses de las finanzas, están obsesionados con China. Pero no por las razones que ellos mismos alimentan en la opinión pública. Lo que no les hace dormir no es la competencia industrial o comercial, sino el hecho de que China, la única gran potencia económica, ha integrado la organización mundial de la producción y el comercio, pero se niega a ser incluida en los circuitos de los tiburones de las finanzas. Los bancos, las bolsas, los mercados de valores, los movimientos de capital están bajo el estricto control del Partido Comunista Chino. El arma más temible del capital, que absorbe el valor y la riqueza en todos los rincones de la sociedad y del mundo, no funciona con China. Los grandes oligopolios no pueden ni siquiera controlar la producción, el sistema político y son incapaces de destruir la economía, como hicieron con otros países asiáticos a principios de siglo, cuando no respetaron las órdenes dictadas por las instituciones internacionales de capital. En este caso podrían estar tentados de abrir un conflicto. Pero dada el acercamiento e incompetencia de los gobiernos y estados imperialistas en la gestión de la crisis sanitaria, deberían

pensárselo dos veces. Vistos desde el Este, siguen siendo “tigres de papel”.

Para que quede claro: China no es un país socialista, pero tampoco es un país capitalista en el sentido clásico, ni neoliberal como dicen muchos tontos.

El estado de excepción

Lo que Agamben y Esposito, en la estela de Foucault, no parecen querer integrar es que la biopolítica, si es que alguna vez existió, está ahora radicalmente subordinada al Capital y seguir utilizando el concepto no parece tener mucho sentido. Es difícil decir algo sobre los acontecimientos actuales sin un análisis del capitalismo que se ha engullido completamente al Estado. La alianza Capital y Estado, que funciona desde la conquista de América, sufrió un cambio radical en el siglo XX, del que el propio Carl Schmitt es perfecta y melancólicamente consciente: el fin del Estado tal como lo conocía Europa desde el siglo XVII, porque su autonomía se ha ido reduciendo progresivamente y sus estructuras, incluida la llamada biopolítica, se han convertido en articulaciones de la máquina capital.

Los pensadores de la Italia Thought cometieron el mismo error garrafal que Foucault, quien en 1979 (¡pero cuarenta años más tarde, es imperdonable!), año estratégico para la iniciativa del capital (la Reserva Federal americana inaugura la política de la deuda a lo grande) afirma que la producción de “riqueza y pobreza” es un problema del siglo XIX. La verdadera pregunta sería el “demasiado poder”. ¿De quién? No está claro. ¿Del Estado, del biopoder, de los dispositivos de gobernabilidad? Fue en ese mismo año cuando se esbozó una estrategia que se basaba enteramente en la producción de diferenciales demenciales

de riqueza y pobreza, de enormes desigualdades de riqueza e ingresos y el “demasiado poder” es del capital que, si queremos utilizar sus viejas y desgastadas categorías, es el “soberano” que decide sobre la vida y la muerte de miles de millones de personas, las guerras, las emergencias sanitarias.

También el estado de excepción ha sido amaestrado por la máquina del beneficio, tanto que coexiste con el estado de derecho y ambos están a su servicio. Capturado por los intereses de una vulgar producción de bienes, se ha aburguesado, ¡ya no tiene el significado que Schmitt le atribuía!

Conclusión sibilina

Los comunistas llegaron al final de la primera “Belle Époque” armados con un bagaje conceptual de vanguardia, un nivel de organización que resistió incluso a la traición de la socialdemocracia que votó créditos de guerra, con un debate sobre la relación entre el capitalismo, la clase obrera y la revolución cuyos resultados hicieron temblar por primera vez a los capitalistas y al Estado. Tras el fracaso de las revoluciones europeas, desplazaron el centro de gravedad de la acción política hacia el Este, hacia los países y los “pueblos oprimidos”, abriendo el ciclo de las luchas y revoluciones más importantes del siglo XX: la ruptura de la máquina capitalista organizada desde 1942 sobre la división entre centro y colonias, el trabajo abstracto y el trabajo no remunerado, entre la producción de Manchester y el robo colonial. El proceso revolucionario en China y Vietnam fue una fuerza motriz para toda África, América Latina y todos los “pueblos oprimidos”.

Muy rápidamente, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, este modelo entró en crisis. Lo criticamos con

dureza y con razón, pero sin poder proponer nada que se eleva-
ra a ese nivel. Muy lúcidamente tenemos que decir que hemos
llegado al final de la segunda “Belle Époque” y por lo tanto a la
“era de las guerras y las revoluciones” completamente desarma-
dos, sin conceptos adaptados al desarrollo del poder del capital
y con niveles de organización política inexistentes.

No debemos preocuparnos, la historia no procede linealmen-
te. Como dijo Lenin: “hay décadas en las que no pasa nada, y
hay semanas en las que pasan décadas”.

Pero debemos empezar de nuevo, porque el fin de la pande-
mia será el comienzo de duros enfrentamientos de clases. Par-
tiendo de lo expresado en los ciclos de lucha de 2011 y 2019
/ 20, que siguen manteniendo diferencias significativas entre el
Norte y el Sur. No hay posibilidad de recuperación política si
permanecemos cerrados en Europa. Para entender por qué el
eclipse de la revolución nos ha dejado sin ninguna perspecti-
va estratégica y para repensar lo que significa hoy en día una
ruptura política con el capitalismo. Criticar los más que obvios
límites de las categorías que no tienen en cuenta en absoluto las
luchas de clases a nivel mundial. No abandonar esta categoría
y en su lugar organizar el paso teórico y práctico de la lucha de
clases, a las luchas de clases en plural. Y, sobre esta afirmación
sibilina, me detendré.

29/03/2020

[1] <https://monthlyreview.org/2020/04/01/covid-19-and-circuits-of-capital/> (Traducida al español: <http://lobosuelto.com/el-covid-19-y-los-circuitos-del-capital-rob-wallace-alex-liebman-luis-fernando-chavez-y-rodrick-wallace/>)

[2] Los oligopolios están “financiarizados”, lo que no significa
que un grupo oligopólico esté simplemente compuesto por com-
pañías financieras, compañías de seguros o fondos de pensiones

que operan en los mercados especulativos. Los oligopolios son grupos que controlan tanto las grandes instituciones financieras, los bancos, los fondos de seguros y de pensiones, como las grandes entidades productivas. Controlan los mercados monetarios y financieros, que tienen una posición dominante en todos los demás mercados.

[3] El confinamiento es ciertamente una de las técnicas biopolíticas (gestión de la población a través de la estadística, exclusión e individualización del control que se adentra en los más pequeños detalles de la existencia, etc.), pero estas técnicas no tienen una lógica propia, sino que han sido, al menos desde mediados del siglo XIX, cuando el movimiento obrero consiguió organizarse, objeto de luchas de clase. El Estado de bienestar en el siglo XX ha sido objeto de luchas y negociaciones entre el capital y el trabajo, un instrumento fundamental para contrarrestar las revoluciones del siglo pasado e integrar las instituciones del movimiento obrero, y luego de las luchas de las mujeres, etc. El Estado del bienestar contemporáneo, una vez que las relaciones de poder son todas, como hoy en día, en favor del capital, se ha convertido en su propio sector de inversión y gestión como cualquier otra industria y ha impuesto su lógica del beneficio a la salud, la escuela, las pensiones, etc. Incluso cuando el Estado contemporáneo interviene, como lo hace en esta crisis, lo hace desde un punto de vista de clase para salvar la máquina de poder de la que es sólo una parte.

15. La crisis del coronavirus es una oportunidad para construir otro modelo económico

Por Naomi Klein

Publicado en *HuffPost*

10 de abril, 2020

Empecemos con un pronóstico: ¿El mundo será mejor o peor después de la crisis del coronavirus?

Podemos aprender mucho de esta emergencia pero no hay ninguna garantía de que lo vayamos a hacer. Estoy de acuerdo con Arundhati Roy (escritora y activista india) que hace un par de días escribió que esta fase es como una puerta: caminamos hacia un punto muy diferente del que nos encontrábamos antes. Puede ser mejor o peor, seguramente será diferente, pero cómo será depende de nosotros. No hago pronósticos. Solo digo que esta es una fase de profunda transformación: estamos cambiando por culpa de esta emergencia. La cuestión es que las estructuras del sistema, ya sea en América o Europa, podrían utilizar esta emergencia para crear más desigualdades e injusticias. Este virus lo han expandido alrededor del mundo viajeros mayoritariamente ricos que viajan por conferencias o cruceros. Pero, naturalmente, son los pobres, los migrantes, los que serán culpados y los que una vez más pagarán las consecuencias por culpa de la xenofobia y del racismo, abocados a aumentar en esta fase de militarización de las fronteras. Ya lo estamos viendo: las industrias que más contaminan el planeta

o las compañías aéreas están utilizando la crisis para conseguir regulaciones más flexibles y favorables para ellos. Lo he escrito durante muchos años, todo esto es predecible. La cuestión es qué hacemos nosotros.

Ahora hemos adquirido conocimientos irrefutables: conocemos el lado bárbaro de la austeridad, sabemos lo que significa infravalorar la importancia del sistema público sanitario y la seguridad de los trabajadores. Quien tiene hijos es consciente del increíble papel que desarrollan los profesores en escuelas a menudo abandonadas a sí mismas por los gobiernos, incluso ahora los docentes hacen lo que pueden para continuar desarrollando su trabajo a distancia. Y además hemos aprendido la lección de que es posible coexistir con las especies animales con la condición de respetarlas. Pensemos en la imagen de los delfines que vuelven a Venecia: viene a decir que los humanos son el virus porque se comportan mal, no respetan el medio ambiente, ocupan todo el espacio posible con coches y medios contaminantes. Si nos damos cuenta de la importancia de todo esto, entonces debemos refundar nuestra economía colocando en el centro estos valores. Y entonces sí se podrá decir que tenemos una oportunidad.

Pero en esta fase los gobiernos están gastando más en el sistema público sanitario o en combatir las consecuencias de la crisis sobre el empleo. Se están endeudando. Y todo esto sin tener en cuenta el hecho de que todavía no se sabe cuándo y en qué condiciones se devolverá la deuda, que es la discusión que está destrozando la Unión Europea.

¿De verdad no tiene esperanzas en que desde aquí se pueda progresar en la protección del interés público?

Es difícil. Después de la crisis del 2009, se gastó mucho dinero en salvar el sistema financiero pero la cuenta la pagó la gente corriente porque, después de haber gastado, se intentó imponer la austeridad. Creo que la crisis del coronavirus es una oportunidad para construir otro modelo económico. Todo es posible. Pero la verdad es que el coronavirus no es la única emergencia que estamos combatiendo. La crisis climática también es una emergencia que requiere el mismo tipo de tratamiento que se ha adoptado para el COVID-19. Entonces debemos reconocer esta emergencia, pero estar atentos para que no se abuse y se utilice para suspender la democracia, violar los derechos humanos o normalizar la vigilancia de masas, sino para que se utilice para renovar nuestros hospitales, escuelas y para que nos lleve hacia una transición energética no contaminante, porque la contaminación hace que nuestros cuerpos sean más sensibles a epidemias como el coronavirus.

Una de las cosas más evidentes en Estados Unidos es que los afroamericanos están muriendo más que los blancos. La razón es que viven en las zonas más contaminadas de Estados Unidos, porque las fabricas que más contaminan se construyen en las zonas más pobres del país y parece que es ahí donde el coronavirus golpea más porque las deficiencias respiratorias son mayores.

¿Pero cómo podemos ejercer el activismo social confinados en casa? Las redes no son suficiente. Si echa un vistazo a los chalecos amarillos en Francia, no es que solo se hayan enviado mensajes de WhatsApp...

Esta es una situación temporal. Creo que debemos utilizar esta fase de reclusión para prepararnos lo mejor posible para la movilización en la siguiente fase. Es cierto que es difícil protestar

ahora, pero no es imposible. En Estados Unidos los trabajadores de los supermercados, del servicio postal y las enfermeras, irán a la huelga para pedir seguridad en sus puestos de trabajo, mascarillas y protección. Son los trabajadores que hasta ahora han sido peor tratados por nuestro sistema económico, no se les ha valorado lo suficiente, se les ha pagado poco. Piden más derechos. Estos trabajadores guiarán la futura movilización. La gente debe prepararse para cuando se puedan volver a tomar las calles. Ahora hay muchas cosas en la red: videoconferencias, asambleas online para ver qué se puede hacer, cómo organizarse. Existe la posibilidad de construir una movilización con una participación más amplia de la que hubo después de la crisis de hace más de diez años. También existen otros instrumentos más allá de las huelgas: educación política, la construcción de relaciones y esto ya está sucediendo. Debemos insistir y lograr que este activismo nos resulte útil cuando podamos salir: esta situación de confinamiento no es eterna.

Pero nunca antes la gente había estado tan deprimida y 'objetizada', totalmente dependiente de la actuación de los gobiernos

Sí, pero debemos aprender de los fallos de 2009, 2010 y 2011. En la fase poscrisis en Europa hubo una gran protesta contra la austeridad, pero no hubo propuestas políticas y económicas. Hubo protesta, pero no la propuesta para construir un modelo económico no basado en el consumo, sino en el bienestar, en la protección del ciudadano y el medio ambiente. Este es el momento para ser ambiciosos: no debemos limitarnos a decir no a la austeridad que podría llegar en un futuro, sino construir un modelo diferente.

El Green Deal parece olvidado en esta fase de la emergencia

Depende de si nosotros nos olvidamos. El Green Deal se diseñó antes de la crisis del coronavirus como un simple plan de relanzamiento de la economía. Inspirémonos en el New Deal de Roosevelt que ofrecía un empujón más fuerte, como el que necesitamos ahora con esta crisis. El New Deal se concibió en los años 30 en medio de una depresión económica y de una crisis ecológica, y tenía como objetivo revitalizar la economía. Un 'new deal verde' es todavía más importante en esta fase. Pero debemos creer e insistir, demandarlo. Porque seguramente los gobiernos y multinacionales intentarán utilizar esta situación como una excusa para continuar haciendo las cosas como hasta ahora.

¿Es pesimista sobre el futuro de la democracia liberal?

No. Los países que mejor han gestionado la pandemia no han sacrificado su democracia. Por ejemplo Nueva Zelanda, Islandia o Corea del Sur. Debemos prestar mucha atención a la hora de decir que hace falta un liderazgo autoritario para gestionar la crisis. China, por ejemplo, escondió información sobre la propagación de la epidemia y no podemos fiarnos de Pekín. Muchos líderes autoritarios han sido lentos en la gestión de la crisis y han escondido información. En China, en Estados Unidos, en Israel con Netanyahu, Orban en Hungría, Bolsonaro en Brasil, Duterte en Filipinas, Modi en India: todos han utilizado la crisis para reforzar sus poderes, pero no hay ninguna prueba de lo que estén gestionando mejor. Es más, es al contrario, lo

están gestionando peor.

¿Entonces la crisis del COVID-19 podría revelarse como un boomerang para los líderes autoritarios? ¿Cerramos la entrevista con este ápice de optimismo?

Tenemos que ser claros sobre esto: es posible tratar la crisis como una emergencia que debe gestionarse con líderes fuertes pero democráticos, que no tengan una agenda oculta, sin chivos expiatorios, que no violen los derechos y que gobiernen con el consenso. Y existen, especialmente entre las mujeres.

16. La Tierra puede deshacerse de nosotros con la más pequeña de sus criaturas

Por Emanuele Coccia

Publicado en *Le Monde*

16 de abril, 2020

Se están tomando medidas importantes para asegurar que la economía no se derrumbe. ¿Debería hacerse lo mismo para la vida social?

Frente a la pandemia, la mayoría de los gobiernos han tomado medidas firmes y valientes: no solo la vida económica se ha detenido en gran medida o se ha visto fuertemente ralentizada, sino que también la vida social *pública* ha quedado ampliamente interrumpida. Se ha instado a la población a quedarse en casa: se han *prohibido* las reuniones, las comidas compartidas, los ritos de amistad y de debate público y el sexo entre desconocidos, pero también los ritos religiosos, políticos y deportivos. De repente, la ciudad ha desaparecido o, mejor dicho, se la han llevado, ha sido sustraída del uso: se presenta ante nosotros como tras un escaparate. Ya no hay espacio público ni lugares para la libre circulación, abiertos a todos y a las actividades más populares y dispares, dedicadas a la producción de la felicidad tanto individual como compartida. La población se ha quedado sola frente a este enorme vacío, y llora la ciudad desaparecida, la comunidad suspendida, la sociedad cerrada junto con las tiendas, las universidades o los estadios: los directos de Instagram, los

aplausos o los cánticos colectivos en el balcón, la multiplicación de las arbitrarias y alegres carreras semanales son en su mayoría rituales de elaboración de duelo, intentos desesperados de reproducir la ciudad en miniatura.

Esta reacción es normal y fisiológica. La interrupción de la vida económica –que ya venimos experimentando cada domingo– ha sido objeto de un número infinito de reflexiones y medidas de anticipación y reconstrucción. En cambio, el gesto de suspender la vida en común, mucho más inédito y violento, ha sido abrupto y radical: sin preparación, sin seguimiento.

La necesidad de estas medidas está fuera de toda discusión: solo de esta manera seremos capaces de defender a la comunidad. Pero se trata de medidas muy serias: relegan a toda la población al hogar. Y, sin embargo, no ha habido ningún debate, ningún intercambio ni ningún otro discurso más allá del de la muerte y el miedo, por uno mismo y por los demás.

¿Cuál es la responsabilidad de los gobiernos en este olvido social del confinamiento?

Es bastante infantil imaginar que se puede mantener a millones de vidas bajo arresto domiciliario únicamente a través de amenazas o difundiendo el miedo a la muerte. Es muy irresponsable por parte de estos mismos gobiernos el pretender obtener la renuncia de una comunidad a sí misma haciéndola sentir culpable o infantilizándola. El coste psíquico de esta forma de proceder será enorme. No se han tenido en cuenta, por ejemplo, las diferencias en cuanto al tamaño de los apartamentos, su ubicación, el número de individuos de diferentes edades que conviven en ellos: es casi como si, al tomar medidas en relación con la vida económica, hubiéramos optado por ignorar las diferencias

en cuanto al volumen de negocio o al número de empleados de cada empresa.

No se ha tenido en cuenta la soledad, las angustias y especialmente la violencia que todo espacio doméstico a menudo oculta y amplifica. Invitar a cada uno a coincidir con el propio hogar significa producir las condiciones para una futura guerra civil. Podría estallar de aquí a unas pocas semanas.

Además, si para la vida económica hemos tratado de buscar un compromiso entre la necesidad de mantener a la sociedad viva y la de protegerla, para la vida social, cultural o psíquica hemos afinado mucho menos. Por ejemplo, hemos dejado abiertos los estancos, pero no las librerías: la elección de lo que se consideran “necesidades básicas” traslada una imagen bastante caricaturesca de la humanidad. Hay un tema iconográfico que ha atravesado la pintura europea: el de “San Jerónimo en el desierto”, representado con una calavera y un libro —la Biblia que estaba traduciendo—. Las medidas hacen de cada uno de nosotros y nosotras “jerónimos” que contemplan la muerte y sus miedos, pero que ni siquiera tienen derecho a llevar consigo un libro o un vinilo.

“¡Quédense en casa!”, dice el presidente. Ahora bien, en *Métamorphoses*, haces una crítica de este “todos para casa”, y de esta obsesión con asignar la vida a la residencia. ¿Por qué razones?

Esta experiencia inaudita de arresto domiciliario indeterminado y colectivo que se extiende de golpe a miles de millones de personas nos enseña muchas cosas. En primer lugar, experimentamos el hecho de que el hogar no nos protege, no es necesariamente un refugio: también puede matarnos.

Podemos morir por exceso de hogar. Y la ciudad, la distancia que implica cualquier sociedad, nos protege normalmente contra los excesos de intimidad y de proximidad que cualquier casa nos impone. Así que no hay nada extraño en el malestar que vive la gente estos días. La idea de que el hogar, la casa, es el lugar de la proximidad a la “naturaleza” es un mito de origen patriarcal. La casa es el espacio dentro del cual conviven una serie de objetos e individuos sin libertad, en el seno de un orden orientado a la producción de una utilidad. La única diferencia que existe entre las casas y las empresas es el vínculo genealógico que une a los miembros de las unas pero no de las otras. También por esto, cualquier casa es exactamente lo opuesto a lo político: de ahí que la orden de quedarse en casa sea paradójica y peligrosa.

¿En qué sentido el análisis ecológico de la crisis sanitaria te parece inapropiado, romántico en el mejor de los casos y reaccionario en el peor?

La experiencia de estos días debería por lo tanto enseñarnos que la ecología, la ciencia que debería ayudarnos a reparar el planeta, debe ser completamente reformada, empezando por su nombre, que todavía alberga la imagen de hogar (oikos en griego significa hogar, casa). La ecología no solo es romántica, sino que sigue siendo esa ciencia profundamente patriarcal que, a pesar de todos los esfuerzos del ecofeminismo, no ha logrado liberarse de su pasado.

De hecho, al seguir pensando que la Tierra es el hogar de lo vivo, y que todas las especies tiene la misma relación privilegiada con un territorio que un individuo humano tiene con su apartamento, no solo nos empeñamos en someter a arresto

domiciliario a la totalidad de las especies vivas, sino que además estamos proyectando un modelo económico en la naturaleza. La ecología y la economía de mercado nacieron al mismo tiempo, son dos gemelos siameses que comparten los mismos conceptos y un mismo marco epistemológico, y es ingenuo pensar que, desde la ecología, tal y como está estructurada hoy en día, se pueda llegar a luchar contra el capitalismo.

No, no hay casas u hogares ontológicos, ni para nosotros, los humanos, ni para los no humanos; en la Tierra solo hay migrantes, porque la Tierra es un planeta, es decir, un cuerpo que está constantemente a la deriva en el cosmos. En tanto que ser planetario, cada ser vivo está a la deriva, cambia de lugar, de cuerpo y de vida, constantemente. Es imposible protegerse de los otros, y esta pandemia lo demuestra. Solo podemos evitar algunas de las consecuencias del contagio, pero el contagio como tal, nosotros, como seres vivos, nunca podremos evitarlo.

Contrariamente a lo que nos gustaría imaginar, esta pandemia no es la consecuencia de nuestros pecados ecológicos: no es un azote divino que nos envía la Tierra. Es solo la consecuencia del hecho de que toda vida está expuesta a la vida de los otros, que todo cuerpo alberga la vida de otras especies, y es susceptible de ser privado de la vida que lo anima. Nadie, entre los vivos, está en su casa: la vida que habita en el fondo de nosotros y que nos anima es mucho más antigua que nuestros cuerpos, y también es más joven, porque seguirá viviendo cuando nuestro cuerpo se descomponga.

El virus se percibe como algo preocupante, por supuesto, pero también radicalmente diferente a nosotros. Y, sin embargo, en tu libro muestras que él es parte de nosotros. ¿En qué sentido es una de las caras de la metamorfosis de

lo vivo?

Todos los seres vivos, cualquiera que sea su especie, su reino, su estadio evolutivo, comparten una sola y misma vida: es la misma vida que cada ser vivo transmite a su descendencia, la misma vida que una especie transmite a otra especie a través de la evolución. La relación entre los seres vivos, no importa si pertenecen a especies diferentes, es la que existe entre la oruga y la mariposa. Toda vida es tanto repetición como metamorfosis de la vida que la precedió. Cada uno de nosotros (y cada especie) es al mismo tiempo la mariposa de una oruga que se ha formado en un capullo y la oruga de mil futuras mariposas. Si somos mortales es únicamente por el hecho de que compartimos la misma vida. Porque la muerte no es el final de la vida, sino solo el paso de esa misma vida de un cuerpo a otros. Aunque no lo parezca, este virus también es una vida futura en ciernes –no necesariamente idéntica a la que conocemos, ni desde un punto de vista biológico, ni cultural–.

El virus y su propagación pandémica también tienen una importancia crucial desde otro punto de vista. Llevamos siglos contándonos a nosotros mismos que estamos en la cima de la creación –o de la destrucción–. Muy a menudo, el debate en torno al antropoceno ha derivado en el empeño por parte de unos moralistas perversos en pensar la magnificencia del hombre en la ruina: somos los únicos capaces de destruir el planeta, somos excepcionales en nuestro poder nocivo, porque ningún otro ser posee un poder semejante.

Con el brote del nuevo coronavirus, ¿estamos experimentando nuestra extrema vulnerabilidad?

Por primera vez en mucho tiempo –y a una escala planetaria, global– nos hemos topado con algo que es mucho más poderoso que nosotros, y que nos va a dejar paralizados durante meses. Tanto más porque se trata de un virus, que es el más ambiguo de los seres que pueblan la Tierra, un ser que es incluso difícil calificar de “vivo”: habita en el umbral entre la vida “química” que caracteriza a la materia y la vida biológica, y no alcanzamos a definir si pertenece a la una o a la otra. Es demasiado animado para la química, pero demasiado indeterminado para la biología.

Resulta perturbador constatar, en el propio cuerpo del virus, la clara oposición entre la vida y la muerte. Y, sin embargo, este agregado de material genético se ha liberado y ha puesto a la civilización humana –la más desarrollada, desde el punto de vista técnico, de la historia del planeta– de rodillas. Soñábamos que éramos los únicos responsable de la destrucción. . . . y estamos cayendo en la cuenta de que la Tierra puede deshacerse de nosotros con la más pequeña de sus criaturas. Es muy liberador: por fin nos hemos liberado de esa ilusión de omnipotencia que nos obliga a imaginarnos como el principio y el fin de cualquier acontecimiento planetario, tanto para bien como para mal, y a negar que la realidad que tenemos delante sea independiente de nosotros.

Incluso una minúscula porción de materia organizada es capaz de amenazarnos. La Tierra y su vida no nos necesitan a la hora de imponer órdenes, inventar formas o cambiar de dirección.

